

**Mons. Carlos Amigo Vallejo**

**Francisco  
de Asís**


y el

**papa  
Francisco**



**Francisco de Asís**

y el **papa Francisco**



Digitized by the Internet Archive  
in 2022 with funding from  
Kahle/Austin Foundation





# FRANCISCO DE ASÍS . Y EL PAPA FRANCISCO

Carlos Amigo Vallejo  
Cardenal Arzobispo emérito de Sevilla



Diseño: Estudio SM

© 2014, Mons. Carlos Amigo Vallejo  
© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora, SA  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
ppccedit@ppc-editorial.com  
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2706-5

Depósito legal: M-6.231-2014

Impreso en la UE / Printed in EU

*Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.*



## INTRODUCCIÓN

Juan XXIII fue el primer papa moderno que visitaba la ciudad de Asís. Era el 4 de octubre de 1962, casi rozando las vísperas del comienzo del Concilio Vaticano II, al que quiso poner bajo la protección de la Virgen María y de san Francisco. Los papas posteriores se acercaron Asís y, en su magisterio, ofrecieron la figura del pobre Francisco como modelo de vida cristiana. Ahora, el cardenal Bergoglio ha elegido el nombre de Francisco, pues lo quería como ejemplo para esa Iglesia que soñaba pobre y entre los pobres.

Juan XXIII pedía a san Francisco que intercediera ante el Señor, para que en la Iglesia y en el mundo hubiera paz y concordia entre todos los pueblos, y que supieran compartir las riquezas inmensas, de distinto orden y naturaleza, que Dios ha confiado a la inteligencia, a la voluntad, a la investigación de los hombres, y para que el reparto justo marque los principios de la fraternidad humana que vienen de Dios y llevan a Dios. Recordaría el papa Roncalli las ansias de Francisco de Asís por encontrar el bien y la paz. Se entregó a una aventura que parecía locura, pero era el comienzo de una obra y de un espíritu que traspasarían los tiempos del siglo XIII.

Pablo VI invitaba a volver al modo de pensar y de vivir de san Francisco, con ese corazón lleno de piedad y totalmente entregado a la voluntad de Dios, pensando siempre que nunca sería buen amigo de Cristo si no amara con toda el alma a aquellos que han sido el objeto del amor más grande de Cristo, que se entregó para la salvación de todos (*A los Frailes Menores Conventuales*, 29 de mayo de 1978). Este mismo papa, en la Jornada Mundial de los Leprosos de 1978, presentaría como ejemplo emblemático a san Francisco de Asís. Aquel joven que buscaba la felicidad y la gloria, y llenar la propia existencia con las cosas agradables y valoradas por el mundo. Sentía repugnancia hacia los leprosos, pero Dios hizo que se encontrara con uno de ellos. Francisco le ayuda con una limosna. Después daría un abrazo al enfermo. El rostro de Cristo pobre y leproso había unido en fraterna y ejemplar alianza a Francisco y a los pobres.

«Ayúdanos, san Francisco de Asís, a acercar a Cristo a la Iglesia y al mundo de hoy. Tú, que has llevado en tu corazón las vicisitudes de tus contemporáneos, ayúdanos, con el corazón cercano al corazón del Redentor, a abrazar las vicisitudes de los hombres de nuestra época» (Juan Pablo II, *Asís*, 5 de noviembre de 1978). Juan Pablo II hacía esta petición al comienzo de su pontificado, pues quería recibir parte de la «herencia sagrada» y del «testimo-

nio eximio» de aquel penitente de Asís que tanto amara a la Iglesia.

Francisco hace grande una Iglesia empequeñecida por el miedo y el poder... No sé si las palabras del Cristo de San Damián podían interpretarse así: «Francisco, haz grande mi casa, porque la están haciendo muy estrecha». Su carisma cristaliza en una obra de Iglesia, no tanto como unidad social, sino como estilo y modo de vivir: que nadie sea recibido en la Fraternidad si no es conforme a la manera e institución de la santa Iglesia, que los ministros tengan buen cuidado de examinarles en este punto de fe y sacramentos de la Iglesia, y perseveren en la verdadera fe y penitencia para vivir en el seno de la santa Iglesia. Ayer tuvo Francisco que llevar a sus hombres a la Iglesia: «Iré, pues, y los encomendaré a la santa Iglesia romana». Hoy, la Iglesia acude a Francisco: «Tú, que acercaste a Cristo a tu tiempo, ayúdanos a acercar a Cristo nuestra época, el mundo, la Iglesia».

También Juan Pablo II hablaría de la actualidad de san Francisco:

Vivió lleno de esta triple dimensión: conciencia del pasado, apertura a las exigencias del presente, proyección dinámica hacia las perspectivas del futuro; y todo ello en el contexto de una vivísima sensibilidad católica... Fue un hombre «de frontera», como se diría hoy, por lo que ejerce aún un fascinante atractivo, incluso entre los alejados; pero fue, sobre todo, un hombre de fe

en Dios, discípulo ardiente de Cristo, hijo devoto de la Iglesia, hermano afectuoso de todos los hombres, más aún, de todas las criaturas. Respecto a él, todo esquema rígido de colocación resulta inadecuado. Fiel, sin reservas, precisamente por razón de tal fidelidad se sintió libre para observar a la letra el Evangelio, para seguir su camino propio, que solo el Espíritu de Cristo le marcaba, y pudo ser así «este hombre nuevo enviado al mundo por el cielo» (*Alocución a los obispos italianos*, Asís, 12 de marzo de 1982).

San Francisco vivió profundamente una relación de amor con Jesús y con la palabra de Dios en toda su radicalidad y verdad. Quería renovar el pueblo de Dios e invitarlo a escuchar la palabra y a obedecer a Cristo, y hacerlo en la comunión de la Iglesia, así lo expresaba Benedicto XVI en la audiencia del 21 de enero de 2010.

Ante la Iglesia, Francisco adopta una postura de fidelidad. El Señor le ha convertido. No quiere otra cosa que seguir las huellas del Señor Jesús. Palabra, sacramento, memoria, signo y presencia de Cristo es la Iglesia. Fidelidad de Francisco a la Iglesia, que es «herencia sagrada» que defender, «testimonio eximio», condición de eficacia de la acción evangelizadora. «¡Amad a la Iglesia como san Francisco la amó! Amadla más que a vosotros mismos, renunciando, si fuere necesario, aun a formas de pensar y de vivir que, si en otro tiempo probablemente pare-

cían buenas, ahora son menos aptas para fortalecer a la Iglesia con un vigor vital y para ampliar los ámbitos de su caridad» (Juan Pablo II, *Al Capítulo general OFM*, 1996).

Francisco recibió la voz del Señor, que le decía: «Repara mi casa, que está en ruinas». Esa casa era su misma vida, la que había de convertir al Señor. Era también la Iglesia, pero no el templo, sino las piedras vivas que son los hombres y mujeres que componen el pueblo nuevo de Dios. De esta manera, Benedicto XVI afirmaba que «todos tenemos algo de espíritu franciscano» (*Audiencia* 12 de octubre de 2005), que san Francisco se nos presenta actual ante los problemas de nuestro tiempo, como pueden ser la búsqueda de la paz, el cuidado de la naturaleza y la promoción del diálogo entre todos los hombres. Pero lo es a partir de Cristo, pues Cristo es «nuestra paz». Cristo es el principio mismo del cosmos, porque en él todo ha sido hecho. Cristo es la verdad divina, el *Logos* eterno, en el que todo *dia-logos* en el tiempo tiene su último fundamento. San Francisco encarna profundamente esta verdad «cristológica» que está en la raíz de la existencia humana, del cosmos y de la historia (*Concelebración eucarística en Asís*, 17 de junio de 2007).

Un capítulo muy importante de la vida de san Francisco es el que se refiere a su amor universal, el que le hizo sentir verdaderos y ardientes deseos de

dar a conocer al Dios de nuestro Señor Jesucristo a todos los hombres y mujeres del mundo. Como el amor no sabe de miedos ni riesgos, emprende la santa aventura de llegar hasta la casa del islam.

El papa Francisco recordaría la visita que había realizado a Asís para venerar la tumba de san Francisco. «Ante todo quiero dar gracias a Dios por la jornada que viví anteayer en Asís –decía en el Ángelus del domingo 6 de octubre–. Pensad que era la primera vez que visitaba Asís y ha sido un gran don realizar esta peregrinación precisamente en la fiesta de san Francisco». Allí, cerca de la Porciúncula, se oía, como un eco insistente que golpeaba el ánimo del papa, la voz del Pobre de Asís, que repetía: ¡Evangelio, Evangelio! Eran unas palabras llenas de sentido y de actualidad: toma el Evangelio y anúncialo como eje de salvación para la humanidad, que tantos males y desasosiegos está sufriendo. Pero Dios es más grande que el mal, porque es amor infinito, misericordia sin límites. Con Cristo se puede luchar contra el mal y vencerlo cada día con la aceptación de la fe, y tratando de transformar el mundo conforme a la voluntad de Dios. Todo ello necesitará un auténtico testimonio de vida (*Encuentro con los jóvenes de Umbría*, Asís, 4 de octubre de 2013).

De san Francisco de Asís y del papa Francisco se había en este libro, procurando que las voces que se escuchan sean las de los mismos protagonistas: Fran-



cisco de Asís, testigo de Cristo crucificado y amigo de los pobres. Francisco, el papa con una espiritualidad que no está hecha de «energías en armonía», sino de rostros humanos: Cristo, san Francisco, san José y María, la Madre de Dios, como el mismo pontífice se definía.





## FRANCISCO ES MI NOMBRE

«Si aceptas este ministerio y oficio de ser nuestro papa, dinos con qué nombre te hemos de reconocer». «Quiero llamarme Francisco», respondiera el elegido. De ahora en adelante, el cardenal Jorge Mario Bergoglio, y en honor de san Francisco de Asís, será llamado Francisco.

Como era de esperar, enseguida comenzaron a buscarse las razones que justifican la elección del nombre del nuevo papa. Se barajaron las distintas posibilidades, sobre todo aquellas que lo relacionaban con su condición de jesuita. Santos admirables, y de este nombre, ha habido varios en la historia de la Compañía de Jesús. San Francisco de Borja, santo y noble, y dechado de fidelidad al servicio de la Iglesia. San Francisco Javier, el misionero universal, el evangelizador incansable, el celo ejemplar y sacrificado por la salvación de los pueblos...

«¡No te olvides de los pobres!», le había dicho el cardenal Claudio Hummes a su compañero de puesto en el cónclave. Esa sugerencia del cardenal brasileño y franciscano, ¿había sido decisoria a la hora de bus-

car un nombre apropiado? En la memoria del cardenal Bergoglio, ¿estarían aquellas palabras que han resonado tantas veces en la historia de la renovación eclesial, ¡prepara mi Iglesia!, y que eran como un encargo de Dios al bienaventurado Francisco?

Francisco de Asís era una figura aceptada por unos y por otros, y hasta elegido, en un sondeo universal, como el hombre del último milenio. La humildad y pobreza del santo de Asís eran más que un buen criterio para gobernar al nuevo pueblo de Dios, que se sentía necesitado de los gestos y actitudes del *Poverello*. El papa Francisco, en la visita Asís en octubre de 2013, ha dado la respuesta a los motivos que le impulsaron a elegir el nombre de Francisco.

¿Es que Francisco de Asís había sido un revolucionario? En un entrañable encuentro con los niños discapacitados y enfermos ingresados en el Instituto Seráfico, el 4 de octubre de 2013, el papa diría que había elegido llevar el nombre de Francisco como obispo de Roma. Francisco, siguiendo el ejemplo de Cristo, amó a todas las criaturas del universo, sobre todo a los pobres y los abandonados, y lo hizo con admiración y sencillez.

«¡Sed revolucionarios!», les dice el papa Francisco a los componentes de la asamblea diocesana de Roma.

Este año habéis trabajado mucho sobre el bautismo y también sobre la renovación de la pastoral posbautis-

mal. El bautismo, ese pasar de «bajo la ley» a «bajo la gracia», es una revolución. Son muchos los revolucionarios en la historia, han sido muchos. Pero ninguno ha tenido la fuerza de esta revolución que nos trajo Jesús: una revolución para transformar la historia, una revolución que cambia en profundidad el corazón del hombre. Las revoluciones de la historia han cambiado los sistemas políticos, económicos, pero ninguna de ellas ha modificado verdaderamente el corazón del hombre. La verdadera revolución, la que transforma radicalmente la vida, la realizó Jesucristo a través de su resurrección: la cruz y la resurrección. Y Benedicto XVI decía de esta revolución que «es la mutación más grande de la historia de la humanidad». Pensemos en esto: es la mayor mutación de la historia de la humanidad, es una verdadera revolución, y nosotros somos revolucionarias y revolucionarios de esta revolución, porque nosotros vamos por este camino de la mayor mutación de la historia de la humanidad. Un cristiano, si no es revolucionario, en este tiempo, ¡no es cristiano! ¡Debe ser revolucionario por la gracia! Precisamente la gracia que el Padre nos da a través de Jesucristo crucificado, muerto y resucitado, hace de nosotros revolucionarios, pues –cito de nuevo a Benedicto– «es la mutación más grande de la historia de la humanidad». Porque cambia el corazón (17 de junio de 2013).

«Revolucionarios» iban a ser los comportamientos del nuevo papa. Una sorpresa permanente con gestos y actitudes que llamaban poderosamente la atención.

En sus vestiduras dominaba la sencillez, lo más común y ordinario de cada día; el apartamento donde se albergara sería la casa común de residencia de aquellos que visitan el Vaticano o que allí tienen su oficio de colaboradores de la Santa Sede; la misa diaria comunitaria y esa conversación familiar, esa homilía en la que dialogaba con la palabra de Dios y las cosas de los hombres; el lenguaje era sencillo y persuasivo, con expresiones llenas de vida y sentido, siempre acomodado a los oyentes; la forma de relacionarse con los cardenales o con los periodistas, con los trabajadores de las dependencias del Vaticano, con los encargados de las distintas secciones de los dicasterios de la Santa Sede, con las gentes que acudían a las grandes audiencias y con los comensales más diversos que sentaba a su mesa.

«Revolucionarios» iban a ser también los cambios y organización de las estructuras, las comisiones que se formaron, las nuevas orientaciones en los organismos de gobierno al servicio de la Santa Sede. Piénsese, por ejemplo, en la formación de un grupo de cardenales que aconsejaran al papa sobre asuntos de la Iglesia universal y para estudiar un proyecto de revisión de la Constitución apostólica *Pastor bonus* sobre la Curia romana. Este grupo estaría formado por unos cardenales que representaban los distintos continentes. Posteriormente se instituía el Consejo de cardenales. Este nuevo organismo será una expresión de comunión

episcopal y de ayuda al ministerio de Sucesor de Pedro que el papa debe ejercer.

De una forma particular se miraba, y con algún recelo, la organización y gestión financiera del IOR, el Instituto de Obras de Religión. El papa Francisco nombra una comisión para conocer mejor la posición jurídica y las actividades del Instituto. No era un organismo de control, sino de ayuda al Santo Padre en el conocimiento y función del mal llamado «Banco Vaticano».

¿Era Francisco de Asís un revolucionario? Tomás de Celano, su biógrafo, relata la «revolución» de este modo:

Ya cambiado perfectamente en su corazón, a punto de cambiar también en su cuerpo, anda un día cerca de la iglesia de San Damián, que estaba casi derruida y abandonada de todos. Entra en ella, guiándole el Espíritu, a orar, se postra suplicante y devoto ante el crucifijo, y, visitado con toques no acostumbrados en el alma, se reconoce luego distinto de cuando había entrado. Y, en este trance, la imagen de Cristo crucificado, cosa nunca oída, desplegando los labios, habla desde el cuadro a Francisco. Llamándolo por su nombre: «Francisco –le dice–, vete, repara mi casa, que, como ves, se viene del todo al suelo». Presa de temblor, Francisco se pasma y como que pierde el sentido por lo que ha oído. Se apronta a obedecer, se reconcentra todo él en la orden recibida (*Vida segunda*, cap. 6).

Es san Buenaventura quien lo describiría de esta manera:

Les manifestó el papa Inocencio una visión celestial que había tenido esos mismos días, asegurando que habría de cumplirse en Francisco. En efecto, refirió haber visto en sueños cómo estaba a punto de derrumbarse la basílica lateranense, y que un hombre pobrecito, de pequeña estatura y de aspecto despreciable, la sostenía arrimando sus hombros a fin de que no viniese a tierra. Y exclamó: «Este es, en verdad, el hombre que con sus obras y su doctrina sostendrá a la Iglesia de Cristo» (*Legenda mayor* 3, 10).

¿Qué sueño había tenido el cardenal Bergoglio? Los cardenales se reunieron en las congregaciones previas al cónclave. Allí se hablaría, posiblemente, de la necesidad de renovar algunas estructuras de la Curia vaticana, de clarificar actuaciones sobre las que recaían no pocas dudas y sospechas, de agilizar el funcionamiento de las congregaciones y de los distintos consejos y comisiones. ¿Reparar era revolucionar? Aunque Francisco de Asís, al escuchar que tenía que reparar la casa de Dios, lo entendiera en un sentido meramente técnico, de la reconstrucción de un templo casi en ruinas y que exigía acopio de nuevos materiales y estructuras más sólidas, sus comportamientos posteriores a la escucha de las palabras del Cristo de San Damián iban encaminados a dar firmeza a su

conversión personal, a vivir el Evangelio en toda su originalidad y exigencia.

Mario Jorge Bergoglio nace en Buenos Aires el 17 de diciembre de 1936, en el seno de una sencilla familia. Estudia química y en marzo de 1958 ingresa en Compañía de Jesús. Licenciado en filosofía, ejerce como docente en diversos centros. Ordenado sacerdote, realiza diversos ministerios y es nombrado provincial, cargo que ejerció desde 1973 hasta 1979. En mayo de 1992 es nombrado obispo auxiliar de Buenos Aires. Unos años después ocuparía el cargo de arzobispo en la misma ciudad. Estamos en febrero de 1998. No vive en el palacio episcopal, y todos los días asiste a su trabajo en un medio público. El 21 de febrero de 2001 es nombrado cardenal por el papa Juan Pablo II. Miembro de diversas congregaciones de la Santa Sede y de la Comisión Pontificia para América Latina. Presidente de la Conferencia Episcopal de Argentina. El 13 de marzo de 2013 fue elegido papa. Escogió el nombre de Francisco, y es el primer latinoamericano y el único miembro de la Compañía de Jesús elegido para ser obispo de Roma y sucesor del apóstol Pedro.

Francisco, cuyo nombre de bautismo fuera Juan, nace en 1181 en la ciudad de Asís. Hijo de un rico mercader y joven divertido e idealista, cae prisionero durante la guerra. Sufre una larga enfermedad y la vida de Francisco comienza a tomar un nuevo rumbo.

Ante el obispo de Asís se despoja de todos sus vestidos y bienes que pudiera tener. Trabaja en la restauración de las ermitas de San Damián, San Pedro y Santa María de los Ángeles, la Porciúncula. Descubre su vocación leyendo el Evangelio sobre la misión que Cristo les encomienda a los apóstoles. Poco tiempo después se unen a Francisco otros compañeros y se forma la primera fraternidad. Su forma de vida es el Evangelio, y no quieren tener más. El papa Inocencio III lo aprueba de forma verbal. La fraternidad se ha hecho numerosa, y los hermanos se extienden por distintas partes del mundo. Francisco emprende viaje a Oriente, se entrevista con el sultán y quiere visitar Tierra Santa. En 1223 compone la *Regla* definitiva para la vida de la fraternidad, y es aprobada por el papa Honorio III. Celebra de la Navidad en Greccio y hace la primera representación de un belén viviente. Se retira al monte Averna y recibe las llagas de la pasión de Cristo. Al atardecer del día 3 de octubre de 1226, Francisco muere en la Porciúncula. Dos años después es canonizado por el papa Gregorio IX.

## Lo que el papa Francisco ha dicho de Francisco de Asís

En su primera alocución, en el rezo del Ángelus, el papa Francisco dio una de las razones por las que



había elegido el nombre de Francisco. «He escogido el nombre del patrono de Italia, san Francisco de Asís, y esto refuerza mi vínculo espiritual con esta tierra, donde, como sabéis, están los orígenes de mi familia. Pero Jesús nos ha llamado a formar parte de una nueva familia: su Iglesia, en esta familia de Dios, caminando juntos por los caminos del Evangelio» (17 de marzo de 2013).

Como sabéis, son varios los motivos por los que elegí mi nombre pensando en Francisco de Asís, una personalidad que es bien conocida más allá de los confines de Italia y de Europa, y también entre quienes no profesan la fe católica. Uno de los primeros es el amor que Francisco tenía por los pobres. ¡Cuántos pobres hay todavía en el mundo! ¡Y cuánto sufrimiento afrontan estas personas! Según el ejemplo de Francisco de Asís, la Iglesia ha tratado siempre de cuidar, proteger en todos los rincones de la tierra a los que sufren por la indigencia, y creo que en muchos de vuestros países podéis constatar la generosa obra de aquellos cristianos que se esfuerzan por ayudar a los enfermos, a los huérfanos, a quienes no tienen hogar y a todos los marginados, y que, de este modo, trabajan para construir una sociedad más humana y más justa.

Pero hay otra pobreza. Es la pobreza espiritual de nuestros días, que afecta gravemente también a los países considerados más ricos. Es lo que mi predecesor, el querido y venerado papa Benedicto XVI, llama la «dictadura del relativismo», que deja a cada uno como

medida de sí mismo y pone en peligro la convivencia entre los hombres. Llego así a una segunda razón de mi nombre. Francisco de Asís nos dice: «Esforzaos en construir la paz». Pero no hay verdadera paz sin verdad. No puede haber verdadera paz si cada uno es la medida de sí mismo, si cada uno puede reclamar siempre y solo su propio derecho, sin preocuparse al mismo tiempo del bien de los demás, de todos, a partir ya de la naturaleza, que acomuna a todo ser humano en esta tierra (*Audien-  
cia al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede*, 22 de marzo de 2013).

Sería el mismo papa quien dejó tranquilos a algunos que no se explicaban por qué el obispo de Roma ha querido llamarse Francisco. Algunos pensaban en Francisco Javier, en Francisco de Sales, también en Francisco de Asís.

Les contaré la historia. Durante las elecciones tenía al lado al arzobispo emérito de São Paulo, y también prefecto emérito de la Congregación para el Clero, el cardenal Claudio Hummes: un gran amigo, un gran amigo. Cuando la cosa se ponía un poco peligrosa, él me confortaba. Y, cuando los votos subieron a los dos tercios, hubo el acostumbrado aplauso, porque había sido elegido. Y él me abrazó, me besó y me dijo: «No te olvides de los pobres». Y esta palabra ha entrado aquí: los pobres, los pobres. De inmediato, en relación con los pobres, he pensado en Francisco de Asís. Después he pensado en las guerras, mientras proseguía el escrutinio

hasta terminar todos los votos. Y Francisco es el hombre de la paz. Y así, el nombre ha entrado en mi corazón: Francisco de Asís. Para mí es el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y custodia la creación; en este momento, también nosotros mantenemos con la creación una relación no tan buena, ¿no? Es el hombre que nos da este espíritu de paz, el hombre pobre... ¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres! Después, algunos hicieron diversos chistes: «Pero tú deberías llamarte Adriano, porque Adriano VI fue el reformador, y hace falta reformar...». Y otro me decía: «No, no, tu nombre debería ser Clemente». «¿Y por qué?». «Clemente XV: así te vengas de Clemente XIV, que suprimió la Compañía de Jesús». Son bromas... (*Encuentro con los representantes de los medios de comunicación*, 16 de marzo de 2013).

En la celebración de inauguración de su ministerio, el papa resaltaría la obligación de custodiar lo que de Dios se había recibido.

La vocación de custodiar no solo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y por el entorno en el que vivimos. Es custodiar a la gente, preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los

niños, los ancianos, quienes son mas frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón. Es preocuparse uno del otro en la familia: los cónyuges se guardan recíprocamente y luego, como padres, cuidan de los hijos, y, con el tiempo, también los hijos se convertirán en cuidadores de sus padres. Es vivir con sinceridad la amistad, que es un recíproco protegerse en la confianza, en el respeto y en el bien. En el fondo, todo está confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos afecta a todos. Sed custodios de los dones de Dios (*Homilía en el inicio del ministerio*, 19 de marzo de 2013).

Para anunciar el Evangelio hace falta la palabra y el testimonio concreto de la vida. Quien nos escucha y nos ve debe poder leer en nuestros actos eso mismo que oye en nuestros labios, y dar gloria a Dios. Me viene ahora a la memoria un consejo que san Francisco de Asís daba a sus hermanos: predicad el Evangelio y, si fuese necesario, también con las palabras. Predicar con la vida: el testimonio. La incoherencia de los fieles y los pastores entre lo que dicen y lo que hacen, entre la palabra y el modo de vivir, mina la credibilidad de la Iglesia (*Homilía en la basílica de San Pablo*, 14 de abril de 2013).

El 4 de octubre de 2013, el papa Francisco haría una peregrinación a Asís para venerar la memoria de san Francisco y pedir su ayuda para el ministerio de pastor universal de la Iglesia. Allí se reuniría con los niños

enfermos, hablaría a los jóvenes, a los sacerdotes y al pueblo de Dios. Su mensaje no podía ser otro que el del Evangelio, tal como lo viviera Francisco de Asís.

## Francisco de Asís y el señor papa

Que no exista duda alguna sobre la obediencia y veneración al papa, dice Francisco en la regla y vida de los Hermanos Menores, que no consiste sino «en guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, viviendo en obediencia, sin propio y en castidad. El hermano Francisco promete obediencia y reverencia al señor papa Honorio y a sus sucesores canónicamente elegidos y a la Iglesia romana. Y los otros hermanos estén obligados a obedecer al hermano Francisco y a sus sucesores» (2 *Regla* I).

Las órdenes del papa son indiscutibles: «Y, finalizado el año de la probación, sean recibidos a la obediencia, prometiendo guardar siempre esta vida y *Regla*. Y de ningún modo les será lícito salir de esta religión, conforme al mandato del señor papa, porque, según el santo Evangelio, nadie que pone la mano al arado y mira atrás es idóneo para el reino de Dios» (2 *Regla* II).

Para asegurar la fidelidad a la sede de Pedro, ordena san Francisco que, «con miras a todo lo dicho, impongo por obediencia a los ministros que pidan del señor papa uno de los cardenales de la santa Iglesia

romana que sea gobernador, protector y corrector de esta fraternidad, para que, siempre súbditos y sujetos a los pies de la misma santa Iglesia, estables en la fe católica, guardemos la pobreza y humildad y el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, que firmemente hemos prometido» (2 *Regla* XII).

San Francisco compuso una primera *Regla* para la vida de los hermanos que era prácticamente una síntesis del Evangelio aplicado a la vida y misión de la naciente fraternidad. El papa la aprobó verbalmente. «¡En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo! Esta es la vida del Evangelio de Jesucristo que el hermano Francisco pidió al señor papa que se la concediera y confirmara; y él se la concedió y confirmó para sí y para sus hermanos, presentes y futuros. El hermano Francisco y todo el que sea en el futuro cabeza de esta religión prometa obediencia y reverencia al señor papa Inocencio y a sus sucesores. Y todos los otros hermanos estén obligados a obedecer al hermano Francisco y a sus sucesores».

Así lo decía en el prólogo. Después, y recordando que es la voluntad del papa, manda que la *Regla* se observe fielmente: «Y de parte de Dios omnipotente y del señor papa, y por obediencia, yo, el hermano Francisco, mando firmemente e impongo que nadie suprima nada de lo que está escrito en esta vida ni añadida en la misma escrito alguno, y que no tengan los hermanos otra regla» (1 *Regla* XXIV).

Siempre fieles al papa. Pero que ello no sea pretexto para tener privilegio alguno.

Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me ensañaba qué debería hacer, sino que el Altísimo mismo me reveló que debería vivir según la forma del santo Evangelio. Y yo hice que se escribiera en pocas palabras y sencillamente, y el señor papa me lo confirmó. [...] Mando firmemente por obediencia a todos los hermanos que, dondequiera que estén, no se atrevan a pedir documento alguno en la Curia romana, ni por sí mismos ni por interpuesta persona, ni para la iglesia ni para otro lugar, ni con miras a la predicación ni por persecución de sus cuerpos; sino que, cuando en algún lugar no sean recibidos, huyan a otra tierra para hacer penitencia con la bendición de Dios (*Testamento*).

De los encuentros de Francisco de Asís con el papa habla el biógrafo Tomás de Celano.

Viendo el bienaventurado Francisco que el Señor Dios le aumentaba de día a día el número de seguidores, escribió para sí y sus hermanos presentes y futuros, con sencillez y en pocas palabras, una forma de vida y regla, sirviéndose, sobre todo, de textos del santo Evangelio, cuya perfección solamente deseaba. Añadió, con todo, algunas pocas cosas más, absolutamente necesarias para poder vivir santamente. Entonces se trasladó a Roma con todos los hermanos mencionados, queriendo vivamente que el señor papa Inocencio III le confirma-



se lo que había escrito. [...] Presidía a la sazón la Iglesia de Dios el papa Inocencio III, pontífice glorioso, riquísimo en doctrina, brillante por su elocuencia, ferviente por el celo de la justicia en lo tocante al culto de la fe cristiana. Conocido el deseo de estos hombres de Dios, previa madura reflexión, dio su asentimiento a la petición, y así lo demostró con los hechos. Y, después de exhortarles y aconsejarles sobre muchas cosas, bendijo a san Francisco y a sus hermanos, y les dijo: «Id con el Señor, hermanos, y, según él se digne inspiraros, predicad a todos la penitencia. Cuando el Señor omnipotente os multiplique en número y en gracia, me lo contaréis llenos de alegría, y yo os concedere más favores y con más seguridad os confiaré asuntos de mas trascendencia».

En verdad que el Señor estaba con san Francisco doquiera fuese, recreándolo con revelaciones y animándolo con sus favores. Una noche, durante el sueño, le pareció recorrer un camino; a su vera había un árbol majestuoso; un árbol hermoso y fuerte, corpulento y muy alto; se acercó a él, y, mientras a su sombra admiraba la belleza y la altura del árbol, fue súbitamente elevado tan alto que tocaba su cima, y, agarrándolo, lo inclinaba hasta el suelo. Es lo que efectivamente sucedió cuando el señor Inocencio, árbol el más excelso y sublime del mundo, se inclinó con la mayor benevolencia a su petición y voluntad (*Vida primera XIII*).

En cierta ocasión se llegó a Roma por asuntos de la Orden, y descaba muy mucho predicar ante el papa Honorio y los venerables cardenales. Conocedor de este



deseo el señor Hugolino, ilustre obispo de Ostia, que veneraba al santo de Dios con singular afecto, sintiose poseído de temor y de alegría, admirando el fervor del santo varón y su ingenua simplicidad. Pero, confiando en la misericordia del Omnipotente, que nunca falta en tiempo de necesidad a los que piadosamente le honran, lo presentó al señor papa y a los reverendos cardenales. Hallándose Francisco ante tantos príncipes, obtenidas la licencia y la bendición, comenzó a predicar sin temor alguno (*Vida primera XXVII*).

San Buenaventura lo relata de esta forma:

Estando ya muy extendida la Orden, quiso Francisco que el papa Honorio le confirmara para siempre la forma de vida que había sido ya aprobada por su antecesor, el señor Inocencio. Se animó a llevar adelante dicho proyecto gracias a la siguiente inspiración que recibiera del Señor. [...] Después –de acuerdo con sus deseos– obtuvo que la confirmara el susodicho señor papa Honorio en el octavo año de su pontificado (San Buenaventura, *Leyenda mayor* IV).

Del ánimo entusiasmado de san Francisco no había duda, sobre todo a la hora de predicar ante el papa.

Su palabra era como fuego ardiente que penetraba hasta lo más íntimo del ser y llenaba a todos de admiración, por cuanto no hacía alarde de ornatos de ingenio

humano, sino que emitía el soplo de la inspiración divina. Así sucedió una vez que debía predicar en presencia del papa y de los cardenales por indicación del obispo ostiense. Francisco aprendió de memoria un discurso cuidadosamente compuesto. Pero, cuando se puso en medio de ellos para dirigirles unas palabras de edificación, de tal modo se olvidó de cuanto llevaba aprendido que no acertaba a decir palabra alguna. Confesó el Santo con verdadera humildad lo que le había sucedido, y, recogiénose en su interior, invocó la gracia del Espíritu Santo. De pronto comenzó a hablar con afluencia de palabras tan eficaces y a mover a compunción con fuerza tan poderosa las almas de aquellos ilustres personajes que se hizo patente que no era el el que hablaba, sino el Espíritu del Señor (San Buenaventura, *Leyenda mayor* XII).

Francisco de Asís se presentaba ante el papa para solicitar la aprobación de la *Regla*. El papa le recomienda que haga oración y pida al Señor la luz que necesita para hacer bien el discernimiento. Viendo la humildad y sencillez de Francisco,

lo abrazó y le aprobó la *Regla* que había escrito. Le dio también licencia, lo mismo que a sus hermanos, para predicar la penitencia en todo el mundo, pero con la condición de que los que habían de predicar obtuvieran primero autorización del bienaventurado Francisco. Todo esto lo aprobó después en consistorio. Obtenida esta concesión, el bienaventurado Francisco dio gracias a Dios y, puesto de rodillas, prometió humilde y devo-

tamente al señor papa obediencia y reverencia. Los otros hermanos prometieron obediencia y reverencia al bienaventurado Francisco, como lo había mandado el señor papa. Recibieron la bendición del sumo pontífice, visitaron los sepulcros de los apóstoles, y, por diligencias de dicho cardenal, les fue conferida la tonsura al bienaventurado Francisco y a los otros once hermanos, para que todos ellos, los doce, fueran clérigos (*Leyenda de los tres compañeros* XII).

Pero el Papa no dejó constancia de la aprobación.

Francisco de Asís no quería hacer nada sin que el papa estuviera de acuerdo en ello. Acude confiadamente a Roma con sus hermanos. El papa aprueba verbalmente la fraternidad. Francisco no necesita documento. ¡Qué más puede pedir que la palabra del papa! Pero los frailes quisieron tener una aprobación escrita. Y obtuvieron la bula correspondiente.

Francisco de Asís no solo no quería vivir al margen del papa y de la Iglesia, sino que se puso bajo su obediencia. Venera al papa y sabe que únicamente unido a su mano tiene la garantía de poder seguir por el camino que Dios le había inspirado.

El papa Francisco no solo ha tomado el nombre, sino que ha visto en Francisco de Asís el modelo del hombre sencillo, que ama y sirve a los pobres, que busca la paz y cuidar de la creación. El papa contemplaba la figura de Francisco y veía en él un modelo que seguir en estos momentos de la vida de la Iglesia.



## LOS TIEMPOS DE SAN FRANCISCO DE ASÍS Y LOS DEL PAPA FRANCISCO

*Distingue tempora et concordabis jura.* Es decir, que cada época tiene sus condiciones históricas peculiares y que no se puede acudir, con la mentalidad o los conocimientos de ahora, a juzgar lo que acontecía en tiempos pasados. Se puede pensar en aquellos días en los que viviera Francisco de Asís (1181-1226), en esa transición entre siglos, en plena Edad Media y vislumbrando profundas renovaciones en el mundo y en la Iglesia.

En las primeras décadas del siglo XXI llega a la cátedra de Pedro, en Roma, un papa venido de Latinoamérica, y en una época en la que el mundo se debate entre el Estado del bienestar y una profunda crisis económica y financiera, con heridas abiertas de guerras que no acaban de terminar, con una violencia que amenaza permanente a la paz. En las ideas domina el relativismo, la indiferencia, y con no pocos brotes de intransigencia y fundamentalismo. La Iglesia, por su parte, quiere recoger el legado del Concilio Vaticano II y hacerlo cada día más presente en la vida y misión del pueblo de Dios. Problemas nuevos que añaden las viejas cuestio-

nes, pero la Iglesia, con el papado al frente, mira al futuro y emprende una nueva evangelización.

## **El mundo y la Iglesia en tiempos de san Francisco**

Entre los últimos años del siglo XII y los primeros del XIII discurría la vida de Francisco de Asís. Momentos de confusión, de cambio, de sorprendentes movimientos sociales y religiosos, de grupos sectarios que provocaban el distanciamiento con una Iglesia que consideraban corrompida por el poder y el dinero, con las luchas entre el papado y el Imperio, la miseria arrasando pueblos enteros y, al mismo tiempo, la opulencia de los señores feudales, el orgullo de unas ciudades que se enzarzan en contiendas buscando la primacía, el poder comercial y económico...

La enorme contradicción entre los que buscaban sinceramente el Evangelio y los comportamientos morales consecuentes, y todos aquellos grupos tan cercanos al sectarismo, como pudieran ser los cátaros, valdenses, patarenos... que se creían unos mesías enviados para terminar con una Iglesia corrupta y materializada, con un clero pervertido y con los cristianos olvidando el Evangelio. Radicales y fundamentalistas, más que una ayuda para la renovación de las costumbres eran un auténtico peligro de sectarismo y actitudes antievangélicas.

Cuando Francisco de Asís y sus compañeros comenzaron su camino de conversión en pobreza y humildad, tomando el Evangelio como norma de vida, alabando a Dios en todo y sirviendo a los más pobres y excluidos de la sociedad, era fácil confundirles con alguno de esos grupos que pululaban por aquellos ambientes cercanos. El criterio de discernimiento sería la comunión con la Iglesia. Francisco no había venido para criticar a los estamentos eclesiales, sino a ponerse al lado de la Iglesia y a servir a aquello en que la Iglesia necesitaba ser servida.

En medio de todo ello, un gran movimiento de unidad que ponía en pie de guerra, más que a las comunidades cristianas, a los nobles y caballeros, a los poderes eclesiásticos y a los comerciantes y burgueses, contra lo que consideraban el gran enemigo de la cristiandad: el islam. Era tiempo de cruzadas.

## El tiempo y los días del papa Francisco

No había dejado de serlo, pero el Concilio Vaticano II cobraba nueva actualidad al cumplirse los cincuenta años del comienzo de las sesiones de aquel acontecimiento, posiblemente el más importante para la Iglesia del siglo XX. Se volvieron a leer constituciones y decretos, y a recobrar principios y actitudes fundamentales en la vida y misión de la Iglesia. Pero, en

medio de todo ello, algunas cuestiones ponían en serias dificultades la credibilidad de la Iglesia. Falta de vocaciones para la vida sacerdotal y religiosa, descenso en la práctica dominical, alejamiento de los sacramentos, carcoma de la relativización de todo, el materialismo omnipresente, los abusos sexuales del clero, la falta de transparencia en las actividades financieras del llamado «Banco Vaticano», la ausencia de fidelidad en algunas personas cercanas al papa y la filtración de documentos...

Por unas y otras razones, lo cierto es que la Iglesia figuraba con frecuencia como noticia de primera página en los medios de comunicación, y los índices de anticlericalismo se disparaban. Se reconocía la ejemplar y desbordada acción caritativa y social de la Iglesia, pero crecen los prejuicios e incluso la animosidad contra las instituciones eclesíásticas. Ante este panorama es fácil comprender que muchos cristianos se sintieran desanimados, que el lamento y la crítica negativa aparecieran una y otra vez, sin excluir presiones ideológicas e intransigencias que amenazaban la misma libertad religiosa. La autosuficiencia, el subjetivismo o la indiferencia hacían mella en la vida religiosa y moral de las personas. Pero todo ello era, al mismo tiempo, un estímulo para trabajar, no tanto por la recuperación de una credibilidad perdida, sino por la fidelidad al Evangelio, que se podía considerar un tanto olvidada. Era necesaria una renovación.



En el marco de esta situación llegaba un nuevo papa. La Iglesia no comenzaba con él, pero desde uno y otro lugar se pedían cambios y renovaciones, sin explicitar lo que verdaderamente se deseaba. No era la primera vez que, con el cambio de pontífice, se reproducían más o menos las mismas situaciones. Un principio fundamental había ido recorriendo la vida de la Iglesia, desde los primeros siglos de su existencia, aunque la formulación más precisa era la empleada por Benedicto XVI: la hermenéutica de la continuidad de la verdad. Es decir, que el criterio de la fidelidad al Evangelio de Jesucristo y a la tradición de la Iglesia era incuestionable.

Como organismo lleno de vida, el cambio y la renovación serían algo permanente, pero no como ruptura, sino enriqueciéndose continuamente con las luces que el Espíritu Santo ofrecía a la investigación teológica, el magisterio de los pastores, en la santidad de la misma Iglesia. ¿Qué reformas, qué renovaciones necesitaba esta Iglesia del papa Francisco? Las opiniones serán muchas. Algunas, muy pertinentes y deseadas. Otras nacían de actitudes subjetivas y de peticiones imposibles de poderse realizar, porque van más allá de las competencias del papa y de la misión de la Iglesia. El pueblo de Dios, ni es una empresa de grandes dimensiones o un organismo que busca el poder y la imposición de su doctrina, ni es una ONG, ni una multinacional de servicios religiosos.

Tiempo de cambio, de renovación, es el que le correspondía al papa Francisco, pero teniendo en cuenta que cualquier reforma ha de sopesarse siempre desde la finalidad existencial de la Iglesia, que no es otra que la de llevar a todos los hombres y mujeres del mundo el Evangelio de Cristo. No se renueva para sí misma, sino para servicio y mejor ayuda de los demás.

Se tiene el convencimiento de que Dios ha enviado al papa Francisco a la Iglesia para que emprenda una amplia y profunda obra de renovación. La misma forma de las actuaciones personales del pontífice daban sobradas razones para la expectativa, aunque también se podrían vislumbrar algunas resistencias al cambio y a la novedad, pero no llegaban precisamente de los sectores que se podían considerar más conservadores, sino de aquellos que, con poco espíritu evangélico, pensaban que con una simple transformación de estructuras y cambios de personas se iban a solucionar todos los problemas. Una mentalidad casi técnica que ponía el acento en la eficacia, pero no en la santidad de la Iglesia.

Todo lo que no llevara a ser más fieles a la misión encomendada de anunciar el Evangelio y de servir a la caridad quedaría fuera del interés de la Iglesia. Poner los medios necesarios para una renovación interior y, desde esa lealtad a la gracia recibida, ejercer con mayor dignidad y eficacia el ministerio de santificación encomendado.

Ni nostalgia del pasado ni miedo al futuro, como había repetido Benedicto XVI. La Iglesia tiene que vivir el momento presente, pero no en un sentido acomodaticio, sino teniendo en cuenta que es ahora y aquí donde tiene que sembrarse el Evangelio. Tentación que evitar es la de pensar que la Iglesia es una fortaleza inexpugnable, desde el punto de vista humano, sin admitir la debilidad, tanto en la organización y estructuras como de la debilidad de los pastores.

El Concilio Vaticano II había sido un gran empuje a la fuerza renovadora de la Iglesia. Las nuevas actitudes y deseos llegaron a las Facultades de Teología y a los movimientos apostólicos, que reclamaban una justicia social como base fundamental para la caridad cristiana. Ciertamente, había que renovar muchas cosas, pero no por una exigencia meramente sociológica, sino para que la Iglesia aparezca ante el mundo con la más auténtica imagen del pueblo de Dios que naciera de la eucaristía, de la entrega de Jesús en la cruz y de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés.

Voces críticas no habían de faltar. Unas eran estímulo y ayuda, instrumento para abrir los ojos y ver aquello que necesitaba la Iglesia. Otras nacían del prejuicio a lo romano, a lo clerical, a las siempre extrañas contraposiciones entre jerarquía y pueblo, entre el poder y la base, entre la Curia y la parroquia, entre el Concilio Vaticano II y una evaluación desde criterios que no tenían nada que ver con la misión de la Iglesia.

Ni la Iglesia estaba en ruinas ni había miedo a un desplome catastrófico. Estaba viva, muy viva, y la preocupación no era simplemente la del mantenimiento, sino de asumir todas las posibilidades que se tenían para servir al mundo con los recursos y fuerzas que ofrece el Evangelio. Lo de la involución, aparte de ser un término extraño a la esencia de la Iglesia, partía más de la visión subjetiva que cada uno podía tener de unos deseos no cumplidos. Se proyectaban las propias frustraciones en el espejo de una Iglesia inexistente. La renovación no llega tanto por la vía del desacierto como desde la esperanza: cada día con más fidelidad a la herencia evangélica y más generoso empeño en servir a la Iglesia y al mundo. Buena prueba de ello han sido los programas y realizaciones que salieran de las asambleas del Sínodo de los obispos. En esos encuentros se recogían los asuntos que más preocupaban en ese momento, se reflexionaba a la luz de la revelación y del magisterio de la Iglesia, y se ofrecían exhortaciones pos-sinodales que animaban y orientaban la vida y la acción pastoral del pueblo de Dios. Se puede pensar en la *Evangelii nuntiandi*, en la *Christifideles laici*, en la *Pastores dabo vobis*, en la *Vita consecrata*, en la *Familiaris consortio*...

La mente del papa Francisco no estaba en el pasado ni en un imaginado Concilio Vaticano III, sino en ese inagotable manantial que es el Vaticano II, cada día de más actualidad, pero que hay que conocer más y mejor.

asimilar y poner en practica. No valen los inmovilistas, ni los aventureros de la nada, de los que titubean ante la fuerza del Espíritu que anima a la Iglesia, ni de los que ven la libertad de los hijos de Dios más como un peligro que como una fuerza viva y eficaz para una nueva y auténtica renovación.

Se deseaba sencillez. presencia cercana al pueblo, saber escuchar y dirigir, sentir la comunión eclesial, y viviendo una auténtica colegialidad entre el papa y los obispos. Todo el pueblo de Dios sería el protagonista y el beneficiario.

Lo de la renovación de la Curia vaticana y sus organismos podía ser conversación de cada día, pero lo que verdaderamente se deseaba no era tanto un cambio en la organización, que podría ser necesario, sino la transparencia en las funciones que se realizan y la ineludible responsabilidad de contribuir a la evangelización. La Iglesia y todas sus estructuras existen para evangelizar. Si perdieran esa misión apostólica, ninguna razón tendrían de ser.

La renovación no puede quedarse en unas cuantas acciones novedosas, sino en que en la vida de la Iglesia resplandezca la novedad del Evangelio. Por eso, los criterios en los que ha de apoyarse la renovación estará siempre presente esta finalidad evangelizadora. Pero también es una responsabilidad saber utilizar los recursos y posibilidades con los que cuenta la Iglesia para establecer el puente tan necesario entre el hom-

bre y Dios, entre la educación humana y la formación religiosa, entre la justicia y la caridad, entre el desarrollo y la esperanza.

La Iglesia tendrá que aceptar la crítica y hasta la persecución, pues conoce muy bien la advertencia del Maestro y sabe que el camino no va a estar alfombrado de blanduras. Es la consecuencia lógica para cuanto sea conciencia crítica social y corrección fraterna. Más miedo se ha de tener al callar, cuando la responsabilidad exige hablar, que al insulto o la pedrada por haber dado testimonio de Jesucristo. Porque aquí es donde está el verdadero crisol de la autenticidad: Cristo. «Seguir a Cristo para que nadie os robe la alegría y la esperanza», dice el mismo papa.

Estos son los tiempos y los afanes del papa Francisco. No caben los paralelismos históricos ni las coincidencias de los tiempos, sino la respuesta actualizada con los criterios y principios que exige la coherencia entre lo que se cree y se espera. La fe requiere fidelidad a los acontecimientos, pues nada de lo humano puede sernos indiferente, pero teniendo muy en cuenta que lo que cambian son los momentos históricos, no el Evangelio.

San Francisco de Asís vivió en el siglo XIII, y era un simple fiel enamorado del Dios que se hizo palabra y huésped de nuestra casa. Francisco es el obispo de Roma, el papa que en el siglo XXI quiere una Iglesia servidora de los pobres.

## DIOS, EL PADRE DE LA MISERICORDIA Y DEL PERDÓN

A Francisco de Asís se le enternecía el corazón y se le llenaban los ojos de lágrimas pensando en la misericordia infinita del Hijo de Dios, al que había visto tan de cerca en el crucifijo de San Damián y en el abrazo con el leproso.

La palabra «misericordia» está continuamente en los labios y en el corazón del papa Francisco. Sus gestos y sus palabras, las actitudes cercanas y benevolentes, indican un deseo incansable de conseguir una sociedad dominada por el amor fraterno.

Francisco de Asís:

«El Señor tuvo conmigo misericordia»

Quería estar muy atento, pues podía hablarle a través de las ventanas de la creación, por las que el buen Dios se asomaba para encontrarse con los hombres. Si escuchaba el Evangelio, respondía inmediatamente: «¡Esto es lo que quiero, lo que deseo para mi vida!». Si



se habia agachado para beber agua, le parecia estar oyendo en el ruido del arroyo las alabanzas que las criaturas proclamaban con gratitud al Señor de todas ellas.

Dios habia sido misericordioso con Francisco, porque le habia manifestado el amor que le tenia, sobre todo llevandole al encuentro con los mejores amigos de su Señor: los leprosos. Los mas olvidados y excluidos. El Altisimo Señor les habia puesto en el camino del humilde y pobre Francisco. El Misericordioso le llenaba de misericordia. Primero habia perdonado sus pecados; despues le habia llevado a compartir su amor con aquellos que casi ni apariencia de hombres tenian. Esa maxima pobreza de los enfermos le hacia recordar al que se hizo como leproso para salvar a todos. Aquellos hombres y mujeres, deshechos por la lepra, eran cuerpo entero y verdadero del Verbo de Dios metido en la naturaleza humana.

La misericordia franciscana no era solamente gratitud por recibir del Señor el perdon de los pecados, sino por haberle hecho ministro de la ternura de Dios. El Misericordioso le ha llamado a ser pregoneiro, con obras y palabras, del amor inmenso que se encierra en el corazon de Jesucristo. Todo ello llenaba a Francisco de alegria, pues era una señal de que el Padre del cielo contaba con el para cuidar de sus hijos en la tierra. Lo que antes le era tan amargo y le causaba asco y repulsion, ahora es dulzura y gozo. Cuando



abrazaba al leproso, le parecía que la figura del enfermo se iba desvaneciendo para encontrarse cara a cara con Jesucristo, roto en la lepra, pero resplandeciente de un amor infinito.

Estos mismos sentimientos son los que expresa el papa Francisco:

Servir con amor y con ternura a las personas que tienen necesidad de tanta ayuda nos hace crecer en humanidad, porque ellas son auténticos recursos de humanidad. San Francisco era un joven rico, tenía ideales de gloria, pero Jesús, en la persona de aquel leproso, le habló en silencio y le cambió, le hizo comprender lo que verdaderamente vale en la vida: no las riquezas, la fuerza de las armas, la gloria terrena, sino la humildad, la misericordia, el perdón (*Encuentro con los niños*, Asís, 4 de octubre de 2013).

A Francisco se le cayeron todas las máscaras: la de la vanidad, la de la altanería, la del poder, la del orgullo... Ahora era más auténtico, más libre, más Francisco. Se encontró consigo mismo, no solamente dejando de pensar en sí mismo, sino buscando sinceramente el rostro del Dios vivo. Todo ello no excluía el yugo y la carga, pero la suavidad estaba garantizada por el amor que Jesucristo había puesto en el corazón de su humilde siervo.

Francisco se había desnudado delante del obispo de Asís. Con ello quería pregonar a los cuatro vientos

que solamente quería estar revestido con la túnica de la pobreza. Desde ese desnudamiento exterior se encaminaba a la total desapropiación. Había encontrado el verdadero tesoro evangélico. Ya podía dejarlo todo, pues su vida estaba en poder quedarse metido en el regazo de Dios. De ahora en adelante, grandes serán las obras que realizará la inconmensurable bondad de Dios en el hermano Francisco.

Una de las más admirables había de ser la de la misericordia, que era como la perfección de la pobreza: se recogía lo mejor del corazón para entregárselo a los demás. El amor que había recibido de forma tan generosa había que retornárselo al Padre en las manos de sus hijos más queridos: los menesterosos. La humildad le había llevado al desnudamiento de todo para encontrarse con el único Señor. Ahora se reviste de misericordia, que es la actitud permanente de dar cuanto de mejor se tenga para entregárselo al desvalido.

Como el corazón de Francisco rebosaba del amor de Dios, no podía por menos que dar y compartir lo que con tanta generosidad se le daba. «Mi vida –podría decir– está llena de todo lo que Dios me ha dado: paz, perdón, alegría, bondad, gratitud... Pues todo eso que he recibido, no se me ha dado para mí solo, sino que soy administrador de lo que es vuestro. No me lo agradecáis a mí, hermanos leprosos, sino al bondadoso Señor que me envía para ser vuestro servidor».

La pobreza de Francisco es un manantial inagotable. Cuanto más daba de la abundancia de su corazón misericordioso, más se llena y abunda en el deseo de dar. No tengo oro ni plata, pero mi corazón rebosa del amor al Señor Jesucristo. En el nombre de Jesucristo, mirad a Dios y en él encontraréis la luz y la salvación.

Como no podía ser de otra manera, la fuente y el manantial inagotable de la misericordia residían en el corazón de Jesucristo. El más pobre de entre todos los pobres. Así lo proclama san Francisco, dando como razón suprema el amor agradecido a Jesucristo, que nos ha liberado del pecado y reconciliado con Dios. En el rostro de Cristo se refleja la misericordia infinita, el amor sin límites, la caridad perfecta.

La creación entera es un canto a la misericordia de Dios, que hace resplandecer en ella todas las perfecciones. Pero, de una manera especial, la mano de Dios se posó sobre el corazón del hombre, primero para limpiarle de todo pecado. Después, para llenarlo del amor misericordioso. Si fue creado a imagen y semejanza del Creador, no podía faltar este singular atributo de la misericordia en el corazón del hombre, que tantas veces era maltratado por el odio, la injusticia y, en definitiva, el pecado. En el corazón que pueda parecer más insensible siempre cabe la bondad de Dios, que transforma esa piedra en auténtica carne de bondad, como se lee en la profecía.

La recomendación está bien señalada: dejarse guiar por esa huella del amor que Dios ha puesto en el corazón del hombre. No tratar de dominar sobre las criaturas, sino servir las conforme a la voluntad de tan misericordioso Creador. Y si alguna duda se podía tener, abrir el Evangelio, pues en cada una de sus páginas se estará manifestando la buena noticia de la misericordia. Identificado con Cristo, el bienaventurado Francisco encontraría la justificación para su «hacer penitencia» y alabar a Dios, recibiendo a los hermanos que llegaban como regalo que el Señor le enviara y salir al mundo anunciando la misericordia de Dios, que busca al pecador y lo lleva de nuevo a su casa. Allí habrá festín y se podrán cantar, todos los días de la vida, las alabanzas de la misericordia y del Misericordioso.

Francisco quería encontrar las huellas que el Señor Jesucristo había dejado a su paso por la tierra. Si lo eran de heridas muy abiertas por el sufrimiento, el pobrecito de Asís tendrá que poner bálsamos de ternura y de misericordia; si lo eran de rencores y desavenencias, el anuncio de la paz; si lo eran a causa de la injusticia, poner caminos para el derecho y la ley del amor.

Para el bienaventurado Francisco no era suficiente el cuidado del leproso y poder vendar sus llagas. Ni era suficiente compartir el poco pan que tenía con aquel que carecía de todo. Ni se contentaba con abrir

la puerta de la casa a aquel que llegaba, fuera amigo o enemigo, ladrón o salteador. Pero no bastaba acoger, curar las heridas y alimentar. El leproso tenía necesidad de pomadas para su piel descuartizada, pero también quería sentir la ternura de aquellas personas que siempre lo excluían y apartaban. Francisco le ofrece el remedio, pero también el calor del abrazo. Aquel hombre sería un leproso, pero era su hermano. El hambriento recibiría de lo poco que tenían los hermanos, pero también deseaba poder sentarse con alguien a la mesa. Porque el pan era necesario, pero no se podía comer con los ojos llenos de lágrimas a causa de la soledad. Quien vivía a la intemperie necesitaba un poco de techo, pero también verse acogido en una casa que fuera la de todos y en la cual unos y otros se encontrarán a su gusto. Francisco no puede olvidar que el leproso, el hambriento y el peregrino son imagen viva del Señor Jesucristo.

Francisco se había autoexpropiado de sí mismo para identificarse plenamente con Cristo. Y ese vacío inmenso solamente podía llenarse con el inagotable don de la misericordia. Toda la fraternidad recibía como regalo del Padre haber conocido a Jesucristo y poderse revestir de las mismas entrañas de misericordia. Eran los menores, los más pobres, pero los más enriquecidos con el gozo de poder sentir cada día que Cristo estaba a su lado y era la garantía de su esperanza. La pobreza les había llamado a la misericordia y a

la obediencia fraterna. La necesidad de cada uno se convertiría en un mandamiento, en una orden que urgía buscar el remedio que se necesitaba. La misericordia no era una simple recomendación, sino la esencia de la obediencia a todos por Dios.

Tres capítulos ejemplares en los que se manifiesta, de una forma particular, la actitud misericordiosa que Francisco quiere inculcar a sus hermanos. Lo primero se refería al ejercicio de la autoridad: nunca ha de olvidar que «aquel a quien se ha encomendado la obediencia y que es tenido como el mayor, sea como el menor y siervo de los otros hermanos. Y haga y tenga para con cada uno de sus hermanos la misericordia que querría se le hiciera a él, si estuviese en un caso semejante. Y no se irrite contra el hermano por el delito del mismo hermano, sino que, con toda paciencia y humildad, amonéstelo benignamente y sopórtelo» (2 *Carta a los fieles* 2, 42-45).

Otro capítulo es el de la unidad entre la pobreza, la caridad, la obediencia y la sencillez. Tres virtudes que tenían que estar muy unidas, pues en cada una de ellas había de reflejarse el bien que todas podían significar. Y, a la hora de actuar, tener como el mejor criterio aquel que Francisco explicara en la carta dirigida al hermano León: «Cualquiera que sea el modo que mejor te parezca de agradar al Señor Dios y seguir sus huellas y pobreza, hazlo con la bendición del Señor Dios y con mi obediencia».

El último capítulo es casi un tratado sobre la forma de ejercer la misericordia con los demás:

Y en esto quiero conocer si tú amas al Señor y a mí, siervo suyo y tuyo, si hicieras esto, a saber, que no haya hermano alguno en el mundo que haya pecado todo cuanto haya podido pecar que, después que haya visto tus ojos, no se marche jamás sin tu misericordia, si pide misericordia. Y si él no pidiera misericordia, que tú le preguntes si quiere misericordia. Y si mil veces pecara después delante de tus ojos, ámalos más que a mí para esto, para que lo atraigas al Señor; y ten siempre misericordia de tales hermanos (*Carta al Ministro*).

Papa Francisco: «¡Dios es pura misericordia!»

Con mucha frecuencia, el papa Francisco se refiere a la misericordia y al perdón. Son sus temas preferidos. De ello hablara en la parroquia vaticana de Santa Ana, en el inicio de su pontificado. ¡Dios es pura misericordia! No extraña, por tanto, que de la abundancia del corazón del papa salgan continuamente palabras invitando a la confianza en Dios, Padre misericordioso. Magnífico y sabio consejo el que ofreció a los obispos brasileños: «Sin la misericordia, poco se puede hacer hoy para insertarse en un mundo de “heridos”



que necesitan comprensión, perdón y amor... (27 de julio de 2013).

En una de sus primeras audiencias generales (24 de abril de 2013), el papa volvió a insistir en que, si estamos en un tiempo de acción, hay que poner en ejercicio lo que de Dios se ha recibido. No puede uno encerrarse en sí mismo, sino estar muy atentos para entregar los propios talentos, de cualquier tipo que sean, al servicio de los demás. Guardar lo mejor que uno puede tener, y con ello ayudar al prójimo.

En la parroquia de Santa Ana del Vaticano, el papa Francisco, casi recién estrenado su pontificado (17 de marzo de 2013), iba señalando unas ideas que marcarían sus actitudes como pastor universal de la Iglesia. Pueden ser malos tiempos para corregir las costumbres, pero Dios nunca se cansa de acoger al pecador y conducirlo de nuevo por el camino recto.

El Señor nunca se cansa de perdonar. Somos nosotros los que nos cansamos de pedirle perdón. El rostro de Dios es el de un padre misericordioso, que siempre tiene paciencia. ¿Habéis pensado en la paciencia de Dios, la paciencia que tiene con cada uno de nosotros? Esa es su misericordia. Siempre tiene paciencia, paciencia con nosotros, nos comprende, nos espera, no se cansa de perdonarnos si sabemos volver a él con el corazón contrito. «Grande es la misericordia del Señor», dice el salmo.



El mismo mensaje lo anunciaría también en el rezo del Ángelus.

Las acciones de la Iglesia no pueden tener asiento de esperanza sin la caridad, la justicia, la misericordia y el perdón. Pues el amor fraterno no se comprende si no es en una donación generosa de sí mismo, poniendo al servicio de las personas que viven en situación de periferia. Espiritualidad de la ternura es esta. Y, cuando la Iglesia se olvida de esta categoría de la ternura, se desvía en su camino, según lo dijo el papa Francisco en el encuentro con Cáritas Internacional (13 de mayo de 2013). También fue en un diálogo con los periodistas, en el viaje de retorno del Brasil, cuando el papa Francisco volvió insistir sobre la misericordia. La Iglesia debe ir a los heridos con misericordia, encontrar una misericordia para todos. La misericordia es la necesidad de este tiempo. Misericordia para todos.

¿Dónde empieza el camino de Francisco hacia Cristo? –pregunta el papa–. Comienza con la mirada de Jesús en la cruz. Dejarse mirar por él en el momento en el que da la vida por nosotros y nos atrae a sí. Francisco lo experimentó de modo particular en la iglesita de San Damián, rezando delante del crucifijo, que hoy también yo veneraré. En aquel crucifijo, Jesús no aparece muerto, sino vivo. La sangre desciende de las heridas de las manos, los pies y el costado, pero esa sangre expresa vida. Jesús no tiene los ojos cerrados, sino abiertos de

par en par: una mirada que habla al corazón. Y el crucifijo no nos habla de derrota, de fracaso; paradójicamente nos habla de una muerte que es vida, que genera vida, porque nos habla de amor, porque él es el Amor de Dios encarnado, y el Amor no muere, más aún, vence al mal y a la muerte. El que se deja mirar por Jesús crucificado es re-creado, llega a ser una «nueva criatura». De aquí comienza todo: es la experiencia de la gracia que transforma y hace sentirse amados sin méritos, aun siendo pecadores. Por eso Francisco puede decir, como san Pablo: «En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gál 6,14) (*Homilía*, Asís, 4 de octubre de 2013).

## LA POBREZA Y LOS POBRES

¡Señora santa Pobreza! En los labios de Francisco de Asís, la palabra «pobreza» se pronunciaba con admiración desbordada. La pobreza era algo más, mucho más que una carencia, unas actitudes, una manera de vivir. Se trataba de un regalo grande de Dios. Algo así como si se dijera: «El Señor ha sido tan bueno conmigo que me ha concedido la gracia de ser pobre». Nada más lejos que cualquier sentimiento de un masoquismo vanidoso. Sin la pobreza sería imposible comprender la vida y el espíritu de Francisco de Asís.

El papa Francisco se refiere con frecuencia a la pobreza y a los pobres. Sueña con una Iglesia pobre y entre los pobres, y no deja de recordar las palabras que le dijera aquel amigo cardenal que le acompañaba en el cónclave: «¡No te olvides de los pobres!».

Pero desearía, como pastor, también preguntarme: ¿de qué debe despojarse la Iglesia? Despojarse de toda mundanidad espiritual, que es una tentación para todos; despojarse de toda acción que no es por Dios, no es de Dios; del miedo de abrir las puertas y de salir al

encuentro de todos, especialmente de los más pobres, necesitados, lejanos, sin esperar: cierto, no para perderse en el naufragio del mundo, sino para llevar con valor la luz de Cristo, la luz del Evangelio, también en la oscuridad, donde no se ve, donde puede suceder el tropiezo; despojarse de la tranquilidad aparente que dan las estructuras, ciertamente necesarias e importantes, pero que no deben oscurecer jamás la única fuerza verdadera que lleva en sí: la de Dios. Él es nuestra fuerza. Despojarse de lo que no es esencial, porque la referencia es Cristo; la Iglesia es de Cristo. Muchos pasos, sobre todo en estas décadas, se han dado. Continuemos por este camino que es el de Cristo, el de los santos. ... Sobre todo despojarnos del espíritu del mundo, que es la lepra, es el cáncer de la sociedad (*Encuentro con los pobres asistidos por Cáritas*, Asís, 4 de octubre de 2013).

## Francisco de Asís: la santísima Pobreza

Recordaba el papa Francisco que en Asís, cuando Francisco era un muchacho joven, la fuerza de Dios le impulsó a despojarse de todo, del espíritu del mundo. Dios le llamaba a hacer penitencia. Pero, como estaba en pecado, le repugnaba acercarse a los leprosos. Pero el Señor le llevó hasta ellos, tuvo misericordia con los enfermos y Dios le regaló sentir que lo amargo se convertía en dulzura del alma y del cuerpo. Cuando se quiere venir a esta forma de vida, hay que

dejar lo que se pueda tener, y dárselo a los pobres, y contentarse con lo más imprescindible, y no desear tener más. Así lo escribía Francisco de Asís en su testamento. Como en herencia dejaba lo mejor que había en su corazón: el deseo de seguir la vida y pobreza del Señor Jesucristo.

No estaba bien vista la pobreza, pues allí estaban todos esos grupos que criticaban con acritud la opulenta vida de los eclesiásticos. Clamando contra los ricos y casi casi poniéndose ellos mismos, tan perfectos, como piedra arrojadiza contra los potentados, que tan lejos estaban de la perfección cristiana exigida. No aceptaban la debilidad, ni mucho menos, como hiciera Cristo, comer con los que consideraban grandes pecadores y condenados sin remedio.

Francisco de Asís se despoja de todo. Fue un gesto profético y de confianza en la providencia del Padre Dios. Ha elegido ser pobre y seguir a Jesucristo, que nació desnudo y murió desnudo y crucificado (Papa Francisco, *Encuentro con los pobres*, Asís, 4 de octubre de 2013). Francisco desea reconciliar la vida pobre con la Madre Iglesia. Él no quiere juzgar, sino amar a los pobres y a la Iglesia, a los que visten con ricas túnicas y a los menesterosos; a los que viven en grandes palacios y a los que no tienen techo alguno donde cobijarse. Quiere a todos como hijos de Dios y hermanos en el Hermano mayor de cada uno, que es el Señor Jesucristo.

Si Francisco quiere vivir evangélicamente, tendrá que aceptar el camino de la desapropiación. Pues el Evangelio no es simplemente un libro santo, sino una forma de vivir perfectamente identificado con Aquel que siendo tan rico se hizo pobre por la voluntad del Padre misericordioso. Dios ha hecho de su Hijo un pobre. Este es el ejemplo que seguir para tener a Dios como altísimo y único Señor.

Francisco no critica al que se comporta de otro modo, porque, si él puede vivir como pobre, no ha sido por un acto voluntarista, sino porque el Padre Dios ha sido tan bondadoso con él que le ha dado la gracia de poder ser pobre y de estar cerca de Cristo pobre, pues solamente en este convencimiento podría encontrar la dicha de abrazar a los pobres, cualquiera que fuera el motivo de la limitación que soportaban.

Sin quererlo, Francisco se hace líder de una auténtica revolución. Todo ha cambiado. Los verdaderamente felices son los pobres y los abandonados, los que sufren persecución y tienen que llorar, los que se sienten abatidos por la injusticia y por el desprecio. Es la revolución del Evangelio, de las bienaventuranzas.

Había que dejar todas las cosas. Pero la mayor dificultad, el acto de libertad más grande, era el de salir de uno mismo. Francisco ya no tiene nada: la libre elección de ser pobre le ha puesto por completo en las manos de Dios. La pobreza exige desnudez, sin apropiarse de nada, dándolo todo: el pan que se había

recogido en la limosna y el amor y la ternura que llenaban el corazón de Francisco y de sus hermanos. En la primera *Regla* para la vida de los Hermanos Menores hay unas palabras que lo razonan: «A nosotros no nos pertenecen sino los vicios y pecados».

En el encuentro con los pobres en Asís, el papa Francisco va a ofrecer un mensaje verdaderamente profético:

Jesús mismo nos decía: «No se puede servir a dos señores: o sirves a Dios o sirves al dinero» (cf. Mt 6,24). En el dinero estaba todo este espíritu mundano; dinero, vanidad, orgullo, ese camino... nosotros no podemos... es triste borrar con una mano lo que escribimos con la otra. ¡El Evangelio es el Evangelio! ¡Dios es único! Y Jesús se hizo servidor por nosotros y el espíritu del mundo no tiene que ver aquí. Hoy estoy aquí con vosotros. Muchos de vosotros han sido despojados por este mundo salvaje que no da trabajo, que no ayuda; al que no le importa si hay niños que mueren de hambre en el mundo; no le importa si muchas familias no tienen para comer, no tienen la dignidad de llevar pan a casa; no le importa que mucha gente tenga que huir de la esclavitud, del hambre, y huir buscando la libertad. Con cuánto dolor, muchas veces, vemos que encuentran la muerte, como ha ocurrido ayer en Lampedusa: ¡hoy es un día de llanto! Estas cosas las hace el espíritu del mundo. Es ciertamente ridículo que un cristiano –un cristiano verdadero–, que un sacerdote, una religiosa, un obispo, un cardenal, un papa, quieran ir por el

camino de esta mundanidad, que es una actitud homicida. ¡La mundanidad espiritual mata! ¡Mata el alma! ¡Mata a las personas! ¡Mata a la Iglesia!

Francisco de Asís se viste de pobre para estar más cerca de los pobres. Es la experiencia de Jesucristo. Gozar de su rostro crucificado en la cara del leproso con una carne que se le cae a pedazos. La pobreza franciscana es la de las personas, sin desprecio a nadie, sino para servir a todos, pues cada cual tendrá un hambre distinta que saciar. Y, si no tiene hambre de Dios, Francisco se la provocará con la predicación sencilla y clara del Evangelio.

No cabe otra opción. Si quiere hacer penitencia, llevar la cruz de los pobres será obligación incuestionable. Francisco no ha renunciado, ha elegido ser un peregrino incansable entre la pobreza y el amor a la creación entera. «Si quieres ver el misterio de la Trinidad, practica la caridad». Este pensamiento de san Agustín lo vivía Francisco de Asís abrazando a los leprosos, dando de comer a los hambrientos, bailando para levantar el ánimo al entristecido, haciendo conocer la misericordia de Dios a todos. De alguna forma se puede decir que el amor de Francisco estaba hipotecado, pertenecía al Señor Jesucristo, y él quería que el pago de la renta se pusiera en las manos de los necesitados.

Los hermanos no tienen por qué avergonzarse de ser pobres. Muy al contrario, deben sentirse agradeci-



dos. Y si uno se avergüenza por ser pobre, quien queda en mal lugar es el mismo Cristo. Pues el Señor fue pobre y tuvo que vivir sujeto a la carencia y a la necesidad. Por eso los hermanos han de vivir como peregrinos y forasteros en este mundo, sabiendo que la pobreza que han elegido no ha sido impuesta, sino motivada por el deseo de seguir más de cerca a Jesucristo. Ya no vivo yo, pueden decir con toda razón los hermanos. Cristo pobre ha tomado posesión de su vida.

Si se quiere vivir como pobre, habrá que aceptar todas las consecuencias que ello lleva consigo. Por ejemplo, trabajar. No por la codicia del dinero, sino para ganarse el pan de cada día y compartirlo con los que no tienen ni pan ni trabajo. Y si ello no fuera suficiente, pedirán limosna, lo cual supondrá hacer dos cosas buenas; primero, porque uno se reconoce pobre y se siente dependiente de la generosidad de los demás; segundo, porque se hace un acto de caridad con aquel que ofrece la limosna, porque tendrá buena recompensa en el cielo.

La pobreza de san Francisco puede verse con admiración, pero como algo casi imposible de conseguir. También es pobreza no poder llegar a ser de tal manera pobre que la identificación con Cristo fuera perfecta. Habrá que tener en cuenta que esta pobreza franciscana no es una estrategia para conseguir ser feliz, sino que la felicidad del estar cerca de Dios le ha llevado

a Francisco a ser pobre. ¡Tú serás mi pobre y yo seré tu Dios! Donde no hay codicia y avaricia, allí hay alegría. Una vida pobre, al estilo de san Francisco de Asís, es un gran desafío, pues desbarata por completo la escala de valores compuesta por los intereses de este mundo.

No le preguntes a Francisco de Asís por la razón de su pobreza. Es regalo que ha recibido de Dios para que, dejándolo todo, hiciera alianza con aquel que vino a redimirnos con la pobreza de la cruz. Y una consecuencia inmediata: lo que se ha recibido de Dios, a Dios se le debe retornar. Ni siquiera era dueño de su pobreza. Si el ser pobre no servía para ayudar, la pobreza sería engaño y vanidad. Y un pobre de salón, un figurín ridículo y caricatura ofensiva del Dios pobre.

La pobreza de Francisco es como un sacramental que va conduciendo a la gracia del reconocimiento de Jesucristo. Una señal que indica el camino de las bienaventuranzas, una luz que va alumbrando el encuentro con las realidades eternas. Un despojarse que exige también discernimiento, del que habló el papa Francisco a los pobres de Asís:

En estos días, en los periódicos, en los medios de comunicación, se fantaseaba. «El papa irá a despojar a la Iglesia, ¡allí!». «¿De qué despojará a la Iglesia?». «Despojará los hábitos de los obispos, de los cardenales; se

despojará él mismo». Esta es una buena ocasión para hacer una invitación a la Iglesia a despojarse. ¡Pero la Iglesia somos todos! ¡Todos! Desde el primer bautizado, todos somos Iglesia y todos debemos ir por el camino de Jesús, que recorrió un camino de despojamiento, él mismo. Se hizo siervo, servidor; quiso ser humillado hasta la cruz. Y si nosotros queremos ser cristianos, no hay otro camino. Pero, ¿no podemos hacer un cristianismo un poco más humano –dicen–, sin cruz, sin Jesús, sin despojamiento? ¡De este modo nos volveríamos cristianos de pastelería, como buenas tartas, como buenas cosas dulces! Muy bonito, ¡pero no cristianos de verdad! Alguno dirá: «Pero, ¿de qué debe despojarse la Iglesia?». Debe despojarse hoy de un peligro gravísimo, que amenaza a cada persona en la Iglesia, a todos: el peligro de la mundanidad. El cristiano no puede convivir con el espíritu del mundo. La mundanidad que nos lleva a la vanidad, a la prepotencia, al orgullo. Y esto es un ídolo, no es Dios. ¡Es un ídolo! ¡Y la idolatría es el pecado más fuerte!

**Papa Francisco: «¡Cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!»**

Mucho es lo que podemos hacer, iba recordando el nuevo papa, en favor de la justicia y en la atención a los pobres y a los débiles. Sin embargo, parecía como si se hubiere adueñado de la sociedad la «cultura del descarte», que tiene como principio la exclusión de

todo aquello que no produce unos bienes económicos. El hombre y su dignidad no son objeto de descarte.

La sociedad, lamentablemente, esta contaminada por la cultura del «descarte», que se opone a la cultura de la acogida. Y las víctimas de la cultura del descarte son precisamente las personas más débiles, mas frágiles. En esta casa, en cambio, veo en acción la cultura de la acogida. Ciertamente, incluso aquí no será todo perfecto, pero se colabora juntos por la vida digna de personas con graves dificultades. Gracias por este signo de amor que nos ofrecéis: este es el signo de la verdadera civilización, humana y cristiana. Poner en el centro de la atención social y política a las personas más desfavorecidas. A veces, en cambio, las familias se encuentran solas al hacerse cargo de ellas. ¿Que hacer? Desde este lugar donde se ve el amor concreto digo a todos: multipliquemos las obras de la cultura de la acogida, obras animadas ante todo por un profundo amor cristiano, amor a Cristo crucificado, a la carne de Cristo, obras en las que se unan la profesionalidad, el trabajo cualificado y justamente retribuido con el voluntariado, un tesoro precioso (*Encuentro con los niños*, Asís, 4 de octubre de 2013).

La pobreza del mundo es un escándalo. No se puede olvidar que muchas personas siguen viviendo en una situación precaria y con el miedo de poder quedarse sin un mínimo indispensable para poder subsistir. El papa Francisco clama por la justicia y denuncia, con toda la fuerza de su magisterio, que el dinero

debe servir y no gobernar. Hay que liberar al hombre de la pobreza, de todas las pobreza.

Es necesario dar pan a quien tiene hambre; es un acto de justicia. Pero hay también un hambre más profunda, el hambre de una felicidad que solo Dios puede saciar. Hambre de dignidad. No hay una verdadera promoción del bien común ni un verdadero desarrollo del hombre cuando se ignoran los pilares fundamentales que sostienen una nación, sus bienes inmateriales: la vida, que es un don de Dios, un valor que siempre se ha de tutelar y promover [...] No es la cultura del egoísmo, del individualismo, que muchas veces regula nuestra sociedad, la que construye y lleva a un mundo más habitable; no es esta, sino la cultura de la solidaridad; la cultura de la solidaridad no es ver en el otro un competidor o un número, sino un hermano. Y todos nosotros somos hermanos (*Visita al barrio de Varginha, Río de Janeiro*, 25 de julio de 2013).

Hay que hacer un éxodo, el de uno mismo, para salir al encuentro de los más necesitados, de los enfermos y de los pobres. Una actitud que recuerda tanto la de Francisco de Asís y que el papa señalaba en una de las homilías de Santa Marta (11 de mayo de 2013). Será la mejor forma de luchar contra la «eutanasia cultural», que es la marginación de la persona, a la que poco menos se considera como inexistente.

Nuestro cometido consiste en proponer de nuevo, en el contexto internacional actual, la persona y la dignidad humana no como un simple reclamo, sino más bien como los pilares sobre los cuales construir reglas compartidas y estructuras que, superando el pragmatismo o el mero dato técnico, sean capaces de eliminar las divisiones y colmar las diferencias existentes. En este sentido es necesario contraponerse a los intereses económicos miopes y a la lógica del poder de unos pocos, que excluyen a la mayoría de la población mundial y generan pobreza y marginación, causando disgregación en la sociedad, así como combatir esa corrupción que produce privilegios para algunos e injusticias para muchos (*A la FAO*, 20 de junio de 2013).

El encuentro en Lampedusa con el drama de la inmigración dio motivo al papa para lanzar al mundo un encendido y profético mensaje, llamando la atención acerca de la insensibilidad ante la inmensa tragedia del sufrimiento de las gentes que están sufriendo más allá de los límites de su propia capacidad para vivir y, desde luego, para poder hacerlo con un poco de dignidad. No podían ser más adecuadas y oportunas las palabras que el papa Francisco diría en el encuentro con los pobres en Asís y hablando del «naufragio del mundo».

Todos estamos llamados a ser pobres Todos estamos llamados a ser pobres, despojarnos de nosotros mismos;

y por eso debemos aprender a estar con los pobres, compartir con quien carece de lo necesario, tocar la carne de Cristo. El cristiano no es uno que se llena la boca con los pobres, ¡no! Es uno que les encuentra, que les mira a los ojos, que les toca. Estoy aquí no para «ser noticia», sino para indicar que este es el camino cristiano, el que recorrió san Francisco. San Buenaventura, hablando del despojamiento de san Francisco, escribe: \*«Así quedó desnudo el siervo del Rey altísimo para poder seguir al Señor desnudo en la cruz, a quien tanto amaba». Y añade que así Francisco se salvó del «naufragio del mundo».

Esta era la razón de su viaje a la ciudad de Asís:

Como tantos peregrinos, también yo he venido para dar gracias al Padre por todo lo que ha querido revelar a uno de estos «pequeños» de los que habla el Evangelio: Francisco, hijo de un rico comerciante de Asís. El encuentro con Jesús lo llevó a despojarse de una vida cómoda y superficial, para abrazar a «la señora Pobreza» y vivir como verdadero Hijo del Padre que está en los cielos. Esta elección de san Francisco representaba un modo radical de imitar a Cristo, de revestirse de Aquel que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. El amor a los pobres y la imitación de Cristo pobre son dos elementos unidos de modo inseparable en la vida de Francisco, las dos caras de una misma moneda.





## LA PAZ Y EL BIEN

Recibir y desear la paz. Y no cansarse nunca de ser un instrumento para la paz. Francisco de Asís ha recibido del Señor el encargo de ser mensajero y profeta de la paz. A cualquiera que encuentre por el camino ha de saludarle diciendo: «¡El Señor te dé la paz!». No era un simple deseo, sino la expresión de que el Dios de la bondad quería la reconciliación, primero consigo mismo y después con todas las criaturas. En busca de esa paz se fue al encuentro de los poderosos de este mundo, y emprendió una cruzada completamente distinta a las que entonces se promovían. La suya sería la del diálogo, la del encuentro fraterno, la de la paz.

La violencia, los enfrentamientos, las guerras están en los mensajes y oraciones del papa Francisco. En las palabras que suele dirigir después del rezo del Ángelus, pocas son las ocasiones en las que no se refiere a la paz y a urgir a los responsables de los pueblos el trabajo de poner fin a los conflictos. Hay unos caminos incuestionables para encontrarse con la paz: la justicia, el reconocimiento de los derechos de las personas y el diálogo entre todos.

Francisco de Asís: «¡El Señor te dé la paz!»

Una vez que había convertido su corazón a Dios, en su querer y voluntad estaba salir a todos los caminos del mundo y anunciar el gran deseo para los hombres, como diría en el testamento: «¡El Señor te dé la paz!». La fraternidad se había hecho numerosa. Ahora les correspondía dispersarse por el mundo y comunicar el bien y la paz que de la bondad de Dios habían recibido. Después de haber realizado el éxodo de sí mismos, saldrían de su casa, de su tierra, para encontrarse con todos los hombres y mujeres del mundo y anunciarles el mensaje del amor y de la paz. El bien y la paz estaban incuestionablemente unidos. No se podía conseguir la paz sin buscar ardientemente y con toda sinceridad el bien.

En el corazón de Francisco había unas heridas difíciles de curar. Eran aquellas que había causado la violencia, la guerra, el orgullo, el poder, la avaricia, la obsesión por el dinero... En todo ello encontraba los grandes enemigos de la paz. El deseo de venganza, los rencores, la supremacía, el interés desmedido por estar por encima de los demás y el tener más poder ante los hombres. La reconciliación entre unos y otros parecía casi imposible. Pero Francisco tiene unos convencimientos: la paz y el bien son incuestionables y posibles.

Si quieren de verdad ser felices,

cuando vayan por el mundo no litiguen, ni contiendan con palabras, ni juzguen a los otros; sino sean apacibles, pacíficos y moderados, mansos y humildes, hablando a todos honestamente, lejos de la agresividad, del orgullo, de la mentira. Y si algo pueden sufrir a causa de esta manera pacífica de estar entre los demás, que lo lleven unidos a nuestro Señor Jesucristo y conserven la paz en el alma y el cuerpo. Por un lado habrá que soportar el peso de muchas cruces molestas. Por el otro, empeñarse en la humildad y la paciencia, y vivir en la pura y simple y verdadera paz del espíritu.

Estas son las recomendaciones del padre Francisco a sus hermanos y discípulos.

Si, por encima de todo, quería encontrarse con el rostro de Dios, cualquier atisbo de odio, deseos de venganza y extorsión de las gentes le parecía algo tan abominable como absurdo para esa fraternidad que deseaba para toda la humanidad. Francisco se hará mensajero y defensor de la paz. Pero su pregón no será el de la incitación a la violencia, ni sus armas pueden causar daño a sus hermanos. Anuncia la paz con palabras pacíficas, y recordará que en las manos de los cristianos solamente pueden estar las armas de la misericordia, del perdón, de la reparación de las injusticias. El deseo de venganza y los odios oscurecían los ojos de los hombres, y no les dejaba ver el gozo de estar bien consigo mismos y con los demás. La paz era claridad que hacía reconocer los auténticos caminos para alcanzar la felicidad.

No se puede construir un reino de justicia, de amor y de paz con proyectos que hablan de violencia y de guerra. Si quieres la paz, trabaja con las armas de unas actitudes pacíficas y fraternas. El milagro de la paz lo realiza Dios, pero los hombres acarrear los materiales de la justicia y del perdón. Francisco de Asís sabía muy bien que esa paz tenía sus condiciones: había que liberar el corazón, pues, si continuaba encadenado y preso por los resentimientos contra los demás, sería muy difícil hallar la reconciliación. Tampoco bastaba con el cese de las contiendas, como resultado de pactos entre los contrincantes. Callaban las armas, pero los corazones estaban llenos de deseos de revancha. Se podían respetar los pactos, pero se continuaba odiando a las personas. No podía pensarse en la paz sin un corazón libre de las ataduras de la soberbia, del odio, del pecado.

«Que Dios vuelva a ti su rostro y te dé la paz», era el deseo de san Francisco para sus hermanos. Porque la paz traía consigo el mejor de los regalos: los pacíficos serán llamados hijos de Dios. La paz es gozo inmenso de saber que se está de parte de Dios. La paz que anuncia Francisco de Asís tampoco vendrá por las grandes reformas de las organizaciones y de los pueblos, sino de la conversión del corazón de los individuos. De aquellos que hacen lo imposible para evitar disputas y contiendas, de los que hacen de su vida un instrumento de justicia; de los que viven el

convencimiento de que la violencia solamente genera violencia y guerra y, por el contrario, que la paz es fruto de la justicia y de la reconciliación entre las personas y entre los pueblos.

En cualquier actitud y comportamiento de san Francisco, al buscar la última motivación que explicara la forma de vivir, siempre se encuentra uno con la pobreza. Soy tan pobre, puede decir Francisco, que lo único que puedo ofreceros es el amor que Dios ha puesto en mi corazón. Y ese amor se expresa en buscar, sin descanso ni desánimo, el bien y la paz.

Todos los hombres hablan de paz y desean la paz. Pero las palabras, los gestos, las actitudes y los sentimientos de los corazones distan mucho de corresponder a esas primeras declaraciones de intención. La paz no está al final del camino de la contienda, sino que es el principio del que parte la voluntad de nunca emprender la guerra. Enarbolar la bandera de la paz con deseos violentos no solo es un sarcasmo, sino deshonestar al que es el Dueño y Señor de la paz, Dios, el Pacífico y Misericordioso.

La paz que anuncia Francisco de Asís es la del Evangelio. No es simplemente un estado de quietud y de indiferencia, sino el profundo sentimiento de que se vive como auténticos hermanos que no tratan de someterse los unos a los otros, sino de estar todos cobijados bajo la voluntad de Dios, el sumo bien. Una

paz sólidamente asentada en la justicia y adornada con las bienaventuranzas.

**Papa Francisco: «¡Paz a todo el mundo!»**

El primer mensaje pascual del papa Francisco recogería una urgente y enérgica llamada en favor de la paz:

Paz a todo el mundo, aún tan dividido por la codicia de quienes buscan fáciles ganancias, herido por el egoísmo que amenaza la vida humana y la familia; egoísmo que continúa en la trata de personas. La trata de personas es precisamente la esclavitud más extendida en este siglo XXI. Paz a todo el mundo, desgarrado por la violencia ligada al tráfico de drogas y la explotación inicua de los recursos naturales. Paz a esta tierra nuestra. Que Jesús resucitado traiga consuelo a quienes son víctimas de calamidades naturales y nos haga custodios responsables de la creación (2013).

Todo cuanto se refiere a la exclusión, a la marginación, a la cultura del descarte, de la que habla el papa Francisco, no puede ser, en forma alguna, un camino adecuado para construir la paz:

Ningún esfuerzo de «pacificación» será duradero ni habrá armonía y felicidad para una sociedad que ignora, que margina y abandona en la periferia una parte de

sí misma. Una sociedad así, simplemente se empobrece a sí misma; más aún, pierde algo que es esencial para ella. No dejemos entrar en nuestro corazón la cultura del descarte. No dejemos entrar en nuestro corazón la cultura del descarte, porque somos hermanos. No hay que descartar a nadie. Recordémoslo siempre: solo cuando se es capaz de compartir llega la verdadera riqueza; todo lo que se comparte se multiplica. Pensemos en la multiplicación de los panes de Jesús. La medida de la grandeza de una sociedad está determinada por la forma en que trata a quien está más necesitado, a quien no tiene más que su pobreza (*A la comunidad de Varginha, Río de Janeiro*, 25 de julio de 2013).

Quiso el papa Francisco poner en guardia acerca de una paz con sentimiento, pero sin justicia.

Francisco nos atestigua: quien sigue a Cristo recibe la verdadera paz, aquella que solo él, y no el mundo, nos puede dar. Muchos asocian a san Francisco con la paz, pero pocos profundizan. ¿Cuál es la paz que Francisco acogió y vivió y nos transmite? La de Cristo, que pasa a través del amor más grande, el de la cruz. Es la paz que Jesús resucitado dio a los discípulos cuando se apareció en medio de ellos. La paz franciscana no es un sentimiento almibarado. Por favor: ¡ese san Francisco no existe! Y ni siquiera es una especie de armonía panteísta con las energías del cosmos... Tampoco esto es franciscano, tampoco esto es franciscano, sino una idea que algunos han construido. La paz de san Francisco es

la de Cristo, y la encuentra el que «carga» con su «yugo», es decir, su mandamiento: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado». Y este yugo no se puede llevar con arrogancia, con presunción, con soberbia, sino solo se puede llevar con mansedumbre y humildad de corazón. [...] Nos dirigimos a ti, Francisco, y te pedimos: enséñanos a ser «instrumentos de la paz», de la paz que tiene su fuente en Dios, la paz que nos ha traído el Señor Jesús (*Homilía*, Asís, 4 de octubre de 2013).

Es necesario poner fin a todo lo que sea violencia y discriminación, y abrir caminos que llevan a que los hombres y los pueblos se reconcilien entre sí. Que unos y otros, si de verdad quieren la paz, tengan unas actitudes amplias, de grandes horizontes, buscando lo equitativo y justo. Sin la paz no habrá protección para los débiles y para los inocentes, ni se podrá erradicar el hambre.



## UNA FRATERNIDAD UNIVERSAL

El primer cometido y obligación de la Iglesia es el anuncio y proclamación de Jesucristo, muerto por los pecados de la humanidad y resucitado para la salvación de todos. Después vendrá la misión, que no es sino llevar al mundo entero este encargo del Señor Jesucristo. No imponer a nadie aquello que uno vive, pero tampoco dejar de ofrecer el bien tan grande que se tiene. Habrá que estudiar el modo y manera de hacerlo para conseguir la eficacia en la aceptación del mensaje. También establecer la relación con otras tradiciones religiosas, con creyentes de las distintas religiones, con culturas diferentes.

Dios es el bien, el sumo y completo bien. Si el bienaventurado Francisco había llegado al conocimiento de Dios a través del Evangelio y de la vida de nuestro Señor Jesucristo, no solo no podía guardarlo solo para él, sino que tenía que ir por el mundo entero compartiendo con todos los hombres y mujeres del mundo una gracia tan grande como la que Dios le había dado a Francisco de Asís. El papa Francisco invitaba a los jóvenes a mirar al Santo de Asís:

Miremos a Francisco: el hizo las dos cosas con la fuerza del unico Evangelio. Francisco hizo crecer la fe, renovo la Iglesia; y al mismo tiempo renovo la sociedad, la hizo mas fraterna, pero siempre con el Evangelio, con el testimonio. ¿Sabeis que dijo una vez Francisco a sus hermanos? «Predicad siempre el Evangelio y, si fuera necesario, tambien con las palabras». Pero, ¿cómo? ¿Se puede predicar el Evangelio sin las palabras? ¡Sí! ¡Con el testimonio! Primero el testimonio, después las palabras. ¡Pero el testimonio! *Encuentro con los jóvenes*, Asís, 4 de octubre de 2013).

El papa Francisco ha señalado el diálogo como un instrumento providencial para el encuentro con creyentes y ateos, con los que están cerca y con los alejados, con quienes viven en la misma casa y con los que han sido victimas de la cultura del descarte.

## Francisco de Asís: una cruzada distinta

Eran tiempos de cruzadas, de abatir al enemigo y adueñarse de espacios y territorios. Aquello que estaba en la mente y en la conversación de todos no podía por menos que inquietar al pobrecito Francisco, que de continuo alababa al Señor de todas las criaturas. No queria prescindir de ninguna. No había enemigos, sino hermanos. Y hasta ellos había que llegar y anunciarles la bondad de Dios, que quiere la paz entre sus

hijos. Hablará con los que rigen las ciudades, y con los lobos que maltratan a los demás y no dejan vivir en paz a nadie. Con los obispos y con los sacerdotes, a los que recordará cómo la eucaristía une y envía a compartir el pan de la palabra y del sacramento.

La evangelización nunca puede prescindir del anuncio de la palabra de Dios. Ni la misión del encuentro con todas las gentes en un diálogo que es testimonio de la propia fe ante los demás, sin concesiones ni relativismos, pero teniendo los oídos y el corazón bien atentos a lo que otros pueden decir de sus creencias y de sus convicciones.

El diálogo también es criatura de Dios. Los prejuicios y las sospechas son los grandes enemigos, pues impiden hablar con los demás con un corazón limpio y una mentalidad nueva, que acepta a la persona y la valora, que es consciente de lo diferente, pero también de la capacidad del hombre para acercarse a la verdad. No hay dejación de fidelidad, sino una abierta y noble actitud de aceptación de la huella que la mano de Dios ha puesto en el corazón de cualquier hombre o mujer de este mundo.

Las actitudes misioneras de san Francisco tienen también su metodología en el momento de encontrarse con personas de otras creencias: nada de emprender discusiones y controversias, sino anunciar la voluntad de un Dios Padre universal; confesar que son cristianos y, por tanto, amigos de todos, y que juntos pueden

contribuir a que las gentes disfruten de la paz. Cada cual tendrá que convertir su corazón a Dios.

Es la vivencia de una fe que se ofrece con toda la fuerza de la humildad y del convencimiento. Un camino nuevo que todos pueden seguir, y así, unidos, contribuir a que se consigan las causas más nobles a las que aspira la humanidad. Francisco de Asís se presenta de esta manera: pobre, humilde, sencillo, lleno de fe. Sus actitudes y su misma personalidad son el mejor comienzo para entablar la conversación. Un diálogo recíproco, por eso hay que aceptar que también el interlocutor tenga en su corazón una enorme capacidad para buscar sinceramente el bien. El diálogo no consistirá en mirarse el uno al otro, sino, juntos, tener en cuenta lo que es voluntad de Dios para todos.

El diálogo, en san Francisco –aunque nunca utilizara esta palabra–, es la manifestación de la franqueza de su fe. Huye de cualquier polémica. Busca la reconciliación, el encuentro con Dios, el llamamiento a la responsabilidad de ayudar a los más débiles y más queridos de Dios. El diálogo, ni es una táctica proselitista ni una estrategia para adentrarse en un espacio hostil. Si no es amor y buen deseo de ayudar al otro, el diálogo es frío, calculador, interesado en conseguir la propia utilidad.

Podemos decir que la misma persona de san Francisco es anuncio y diálogo, porque está plenamente identificado con el Señor Jesucristo, con su misión

salvadora universal, con su vida de pobreza y de humildad, acogiendo y sirviendo a todos, con tal generosidad que lleva hasta dar la misma vida por los demás.

Benedicto XVI había señalado con precisión las coordenadas del diálogo interreligioso que se consideran fundamentales:



El diálogo no se dirige a la conversión, sino más bien a la comprensión. En esto se distingue de la evangelización, de la misión. En conformidad con esto, en este diálogo, ambas partes permanecen conscientemente en su propia identidad, que no ponen en cuestión en el diálogo, ni para ellas ni para los otros. Estas reglas son justas. No obstante, pienso que estén formuladas demasiado superficialmente de esta manera. Sí, el diálogo no tiene como objetivo la conversión, sino una mejor comprensión recíproca. Esto es correcto. Pero tratar de conocer y comprender implica siempre un deseo de acercarse también a la verdad. De este modo, ambas partes, acercándose paso a paso a la verdad, avanzan y están en camino hacia modos de compartir más amplios, que se fundan en la unidad de la verdad. Por lo que se refiere a permanecer fieles a la propia identidad, sería demasiado poco que el cristiano, al decidir mantener su identidad, interrumpiese por su propia cuenta, por decirlo así, el camino hacia la verdad. Si así fuera, su ser cristiano sería algo arbitrario, una opción simplemente fáctica. De esta manera pondría de manifiesto que él no tiene en cuenta que en la religión se está tratando con la

verdad. Respecto a esto, diría que el cristiano tiene una gran confianza fundamental, más aún, la gran certeza de fondo, de que puede adentrarse tranquilamente en la inmensidad de la verdad sin ningún temor por su identidad de cristiano. Ciertamente, no somos nosotros quienes poseemos la verdad, es ella la que nos posee a nosotros: Cristo, que es la Verdad, nos ha tomado de la mano, y sabemos que nos tiene firmemente de su mano en el camino de nuestra búsqueda apasionada del conocimiento. El estar interiormente sostenidos por la mano de Cristo nos hace libres y, al mismo tiempo, seguros. Libres, porque, si estamos sostenidos por él, podemos entrar en cualquier diálogo abiertamente y sin miedo. Seguros, porque él no nos abandona, a no ser que nosotros mismos nos separemos de él. Unidos a él estamos en la luz de la verdad (*A la Curia romana*, 21 de diciembre de 2012).

Francisco de Asís había intentado, en varias ocasiones, emprender una peregrinación a los santos lugares de Tierra Santa. No lo había conseguido, pero no solamente no estaba frustrado por ello, sino que los deseos se agrandaban cada día. También él tenía que enrolarse en una cruzada. Pero bien distinta a las que en ese tiempo se querían llevar a cabo. No iría a luchar contra el infiel, sino a encontrarse con el hermano. Algo que podría parecer tan utópico como un imposible, y arriesgado. Su cruzada es la del evangelizador, del que quiere compartir, en comprensión

y amistad, la buena noticia del Señor. Como lo recomendaba a sus hermanos, su actitud era esta: «Cualquiera de los frailes que por divina inspiración quisiera ir entre sarracenos y otros infieles, vaya con licencia de su ministro y siervo... Y los frailes puedan tratar con los sarracenos espiritualmente y de dos maneras: la primera, que no muevan pleitos ni contiendas, mas sean sujetos a toda humana criatura por Dios y confiesen siempre que son cristianos... La segunda, que cuando vieren ser voluntad de Dios, anuncien la palabra...» (*1 Regla* 16).

Muchos años después, el Concilio Vaticano II, en la declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, recomendará esta actitud de comprensión, de magnanimidad, de buscar sinceramente la libertad y la paz para todos. Aprender a respetar al que piensa de forma diferente, pero también tener la libertad de ofrecer lo que uno siente y tiene.

Francisco de Asís por fin podía llegar hasta la casa del islam. El Espíritu del Señor le conducía y en él confiaba. Veamos cómo lo relata el papa Benedicto XVI:

En 1219, Francisco obtuvo permiso para ir a Egipto a hablar con el sultán musulmán Melek-el-Kamel, para predicar también allí el Evangelio de Jesús. Deseo subrayar este episodio de la vida de san Francisco, que tiene una gran actualidad. En una época en la cual existía un enfrentamiento entre el cristianismo y el islam,



Francisco, armado voluntariamente solo de su fe y de su mansedumbre personal, recorrió con eficacia el camino del diálogo. Las crónicas nos narran que el sultán musulmán le brindó una acogida benévola y un recibimiento cordial. Es un modelo en el que también hoy deberían inspirarse las relaciones entre cristianos y musulmanes: promover un diálogo en la verdad, en el respeto recíproco y en la comprensión mutua (*Audiencia*, 27 de enero de 2010).

Lejos de Francisco cualquier actitud meramente pacifista o reivindicadora. Él hablaría con el sultán del Dios de Jesucristo, que era patrimonio no solamente de los cristianos, sino de todos los hombres y mujeres del mundo. Una gran fraternidad universal en la que todos eran hijos y hermanos.

Es un diálogo entre creyentes y, por tanto, teniendo a Dios siempre delante. Cada uno expondrá su mensaje, el cristiano nunca puede olvidar que no ha conocido otro Dios sino el del Señor Jesucristo. Los franciscanos, según la recomendación de su padre san Francisco, vivirán entre los musulmanes como hermanos y amigos. Hablarán con ellos de las cosas de Dios. Sin meterse en pleitos ni controversias, servidores de todos y confesando que son cristianos. Y, cuando sea voluntad de Dios, anuncien la palabra de Jesucristo.

Las actitudes ejemplares de Francisco de Asís, en su relación con los creyentes de otras religiones, estarían



presentes en los encuentros de Asís. Al finalizar el rezo del Ángelus del primer día del año 2011, el papa Benedicto XVI reafirmaba el convencimiento de que «las grandes religiones pueden constituir un importante factor de unidad y de paz para la familia humana», y anunciaba que

en este año 2011 se celebrará el 25º aniversario de la Jornada mundial de oración por la paz, que el venerable Juan Pablo II convocó en Asís en 1986. Por eso, el próximo mes de octubre iré como peregrino a la ciudad de san Francisco, invitando a unirse a este camino a los hermanos cristianos de las distintas confesiones, a los representantes de las tradiciones religiosas del mundo y, de forma ideal, a todos los hombres de buena voluntad, con el fin de recordar ese gesto histórico querido por mi predecesor y de renovar solemnemente el compromiso de los creyentes de todas las religiones de vivir la propia fe religiosa como servicio a la causa de la paz. Quien está en camino hacia Dios no puede menos de transmitir paz; quien construye paz no puede menos de acercarse a Dios. Os invito a acompañar esta iniciativa desde ahora con vuestra oración.

Sería el papa Juan Pablo II el que hablaría frecuentemente del «diálogo de la vida» como la actitud más adecuada en el diálogo interreligioso. Es el testimonio en medio de los afanes de cada día, aunque sea entre culturas diferentes. El respeto mutuo

y la ayuda recíproca serán garantía para este diálogo en lo cotidiano.

De nuevo las recomendaciones de Francisco de Asís a sus hijos y hermanos sobre la manera de proceder para dar testimonio como cristianos:

Dice el Señor: «Mirad, yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas». Por eso, cualquier hermano que quiera ir entre sarracenos y otros infieles, vaya con la licencia de su ministro y siervo. Y el ministro deles la licencia y no se oponga si los ve idóneos para ser enviados; pues tendrá que dar cuenta al Señor si en esto o en otras cosas procediera sin discernimiento. Y los hermanos que van, pueden conducirse espiritualmente entre ellos de dos modos. Un modo consiste en que no entablen litigios ni contiendas, sino que estén sometidos a toda humana criatura por Dios y confiesen que son cristianos. El otro modo consiste en que, cuando vean que agrada al Señor, anuncien la palabra de Dios, para que crean en Dios omnipotente, Padre e Hijo y Espíritu Santo, creador de todas las cosas, y en el Hijo, redentor y salvador, y para que se bauticen y hagan cristianos, porque el que no vuelva a nacer del agua y del Espíritu Santo no puede entrar en el Reino de Dios (*1 Regla* 16, 1-9).

Sobre esta vocación misionera y franciscana dijo Benedito XVI que

el papa Honorio III, con su bula *Cum dilecti*, de 1218, sostuvo el desarrollo singular de los primeros Frailes Menores, que iban abriendo sus misiones en distintos países de Europa, incluso en Marruecos. Parece ser que después, en 1220, Francisco visitó la Tierra Santa, plantando así una semilla que daría mucho fruto: en efecto, sus hijos espirituales hicieron de los lugares donde vivió Jesús un ámbito privilegiado de su misión. Hoy pienso con gratitud en los grandes méritos de la Custodia franciscana de Tierra Santa (*Audiencia*, 27 de enero de 2010).

## Papa Francisco: la Iglesia, Madre de muchos hijos

En una de sus primeras intervenciones, el papa Francisco, dirigiéndose a los cardenales les dijo:

La Iglesia es más Madre, Madre de más hijos, de muchos hijos: se convierte en Madre, Madre, cada vez más Madre, Madre que nos da la fe, la Madre que nos da una identidad. Pero la identidad cristiana no es un carné de identidad. La identidad cristiana es una pertenencia a la Iglesia, porque todos ellos pertenecían a la Iglesia, a la Iglesia Madre, porque no es posible encontrar a Jesús fuera de la Iglesia. El gran Pablo VI decía: «Es una dicotomía absurda querer vivir con Jesús sin la Iglesia, seguir a Jesús fuera de la Iglesia, amar a Jesús sin la Iglesia». Y esa Iglesia Madre que nos da a Jesús nos da la

identidad, que no es solo un sello: es una pertenencia. Identidad significa pertenencia. La pertenencia a la Iglesia: ¡qué bello es esto! (23 de abril de 2013).

Una madre, una Iglesia siempre con las puertas abiertas para acoger al que llega y ofrecerle lo que tiene. Lo que no puede pedírsele a la Iglesia es que deje de ser ella misma y de poner su propia fe a disposición de todo aquel que llegare. Es más, esas puertas de la Iglesia tienen que estar siempre franqueadas para que se pueda salir y evangelizar, y poner a disposición de todos lo que ella tiene y que no se lo puede guardar para ella misma, pues ha recibido el mandato misionero de llegar a todas las gentes y anunciar los misterios santos de la fe cristiana. Todo esto es muy importante para que no se confunda a la Iglesia con cualquier otro tipo de organización con finalidad social. La Iglesia, decía el papa Francisco,

no es un movimiento político, ni una estructura bien organizada: no es esto. No somos una ONG, y, cuando la Iglesia se convierte en una ONG, pierde la sal, no tiene sabor, es solo una organización vacía. Y en esto, sed listos, porque el diablo nos engaña, porque existe el peligro del eficientismo. Una cosa es predicar a Jesús, otra cosa es la eficacia, ser eficaces. No; aquello es otro valor. El valor de la Iglesia, fundamentalmente, es vivir el Evangelio y dar testimonio de nuestra fe. La Iglesia es la sal de la tierra, es luz del mundo, está llamada a hacer

presente en la sociedad la levadura del Reino de Dios, y lo hace con su testimonio y el testimonio del amor fraterno, de la solidaridad, del compartir (*Vigilia con los movimientos*, 18 de mayo de 2013).

Habrá que superar cualquier tentación relativista, pensando equivocadamente que, perdiendo algo de su identidad, la Iglesia católica puede ser mejor aceptada. La Iglesia tiene su Evangelio, su tradición, vive la urgencia del cumplimiento del mandato del amor fraterno; ofrece lo que tiene, pero no lo impone a nadie; trata de meterse en la cultura de los pueblos, pero llevando siempre el espíritu del Evangelio; recibe la herencia del pasado y aprende la lección para no reincidir en los mismos errores, pero no tiene nostalgia ni tampoco miedo a lo que puede suceder en el futuro; convencida de su mensaje, pero dialogante con todos en ese encuentro de la vida, que lo es de sencillez y humildad.

La Iglesia tiene que salir a todas las periferias, como quiere el papa Francisco. Hay que

abrir las puertas para salir, para anunciar y dar testimonio de la bondad del Evangelio, para comunicar el gozo de la fe, del encuentro con Cristo. [...] El Espíritu Santo nos muestra el horizonte y nos impulsa a las periferias existenciales para anunciar la vida de Jesucristo. Preguntémonos si tenemos la tendencia a cerrarnos en nosotros mismos, en nuestro grupo, o si dejamos que el

Espíritu Santo nos conduzca a la misión. Recordemos hoy estas tres palabras: novedad, armonía, misión *Homilía a los movimientos eclesiales*, 19 de mayo de 2013.

Se lo diría también a los miembros de la Conferencia Episcopal de Argentina, en abril de 2013:

Una Iglesia que no sale, a la corta o a la larga se enferma en la atmósfera viciada de su encierro. Es verdad también que a una Iglesia que sale le puede pasar lo que a cualquier persona que sale a la calle: tener un accidente. Ante esta alternativa les quiero decir francamente que prefiero mil veces una Iglesia accidentada que una Iglesia enferma. La enfermedad típica de la Iglesia encerrada es la autorreferencial: mirarse a sí misma, estar encorvada sobre sí misma, como aquella mujer del Evangelio. Es una especie de narcisismo que nos conduce a la mundanidad espiritual y al clericalismo sofisticado, y luego nos impide experimentar «la dulce y confortadora alegría de evangelizar».

Ante un Comité judío, el papa Francisco señalaba que la amistad y el diálogo caminan unidos, y que la humanidad tiene necesidad de este testimonio de la unidad, trabajando juntos por la paz. Las tradiciones y las culturas pueden ser diferentes, pero la verdad que buscamos tiene que ser la misma. Era importante recordar lo que dijera Benedicto XVI: «No perder la universalidad en la inculturación. Yo preferiría hablar

de interculturalidad más que de inculturación, es decir, de un encuentro de culturas en la verdad de nuestro ser humano en nuestro tiempo, y que debe ser así también en la fraternidad universal» (*A los periodistas en el viaje a Benín*. 18 de noviembre de 2011).

En el mensaje dirigido a los musulmanes del mundo entero, con motivo de la conclusión del mes del Ramadán, el papa Francisco recordaba que había elegido «el nombre de Francisco, un santo muy famoso, que amó profundamente a Dios y a todo ser humano, hasta el punto de ser llamado hermano universal. Amó, ayudó y sirvió a los necesitados, a los enfermos y a los pobres; también se preocupó mucho de la creación». Después habla de la educación, un tema de tanto interés para cristianos y musulmanes, de la importancia del respeto a las personas, de la amabilidad y de la estima recíproca. Respetar la vida, los derechos y dignidad de la persona, su reputación, su identidad étnica y cultural, sus ideas y sus creencias religiosas, con sus símbolos y valores. Por eso es importante intensificar el diálogo entre las distintas religiones, en primer lugar en el islam.

El papa Francisco es un convencido de la importancia y la eficacia del diálogo.

Cuando los líderes de los diferentes sectores me piden un consejo, mi respuesta siempre es la misma: diálogo, diálogo, diálogo. El único modo de que una perso-

na, una familia, una sociedad, crezca: la única manera de que la vida de los pueblos avance, es la cultura del encuentro, una cultura en la que todo el mundo tiene algo bueno que aportar, y todos pueden recibir algo bueno a cambio. El otro siempre tiene algo que darme cuando sabemos acercarnos a él con actitud abierta y disponible, sin prejuicios. Esta actitud abierta, disponible y sin prejuicios yo la definiría como humildad social, que es la que favorece el diálogo. Solo así puede prosperar un buen entendimiento entre las culturas y las religiones, la estima de unas por las otras sin opiniones previas gratuitas y en clima de respeto de los derechos de cada una. Hoy, o se apuesta por el diálogo, o se apuesta por la cultura del encuentro, o todos perdemos, todos perdemos. Por aquí va el camino fecundo (*A classe dirigente de Brasil*, Rio de Janeiro, 27 de julio de 2013).



## ECOLOGÍA FRANCISCANA

Bastaría recordar el *Cántico del hermano Sol*, el *Cántico de las criaturas*, para ver la importancia que tiene san Francisco en la historia de la ecología, del cuidado de la naturaleza, del amor a la creación entera. Todo le hablaba de Dios, y con todas las criaturas podía dirigirse y hablar con su Altísimo Señor.

Pablo VI presentaba al Pobrecillo de Asís como una de las figuras más atrayentes, no solo del pueblo cristiano, sino de toda la humanidad.

Deseamos evocar muy especialmente tres figuras, muy atrayentes también hoy para todo el pueblo cristiano. En primer lugar, el Pobrecillo de Asís, cuyas huellas se esfuerzan en seguir muchos peregrinos del Año Santo. Habiendo dejado todo por el Señor, él encuentra, gracias a la santa pobreza, algo por así decir de aquella bienaventuranza con que el mundo salió intacto de las manos del Creador. En medio de las mayores privaciones, medio ciego, él pudo cantar el inolvidable *Cántico de las criaturas*, la alabanza a nuestro hermano Sol, a la naturaleza entera, convertida para él en un transparente y puro espejo de la gloria divina, así como

la alegría ante la venida de «nuestra hermana, la muerte corporal»: «Bienaventurados aquellos que se hayan conformado a tu santísima voluntad...» (*Gaudete in Domino* 39).

El papa Francisco ha dicho, en diversas ocasiones, que había elegido el nombre de Francisco precisamente por su relación con el cuidado de la creación, por su amor a todo lo que de la mano de Dios había salido y por su delicadeza del trato con las criaturas.

**Francisco de Asís: «¡Alabado seas, Señor, por todas tus criaturas!»**

Eran los últimos días de su vida y, antes de despedirse de este mundo, convocó a todas las criaturas de la tierra para cantar con ellas un himno de entre los más hermosos que se hayan podido componer. Es el *Canto del hermano Sol*, el *Cántico de las criaturas*. Una maravillosa sinfonía en la que la creación entera se une en una melodía de dimensiones cósmicas, donde todo es alabanza al altísimo Señor Dios. Es el cántico de la gran fraternidad, pues todos son hermanos en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, del único y todo bien.

Un inapreciable testimonio el de Benedicto XVI:

Del amor a Cristo nace el amor hacia las personas y también hacia todas las criaturas de Dios. Este es otro rasgo característico de la espiritualidad de Francisco: el sentido de la fraternidad universal y el amor a la creación, que le inspiró el celebre *Cántico de las criaturas*. Es un mensaje muy actual. Como recordé en mi reciente encíclica *Caritas in veritate*, solo es sostenible un desarrollo que respete la creación y que no perjudique el medio ambiente (cf. nn. 48-52), y en el *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz* de este año subrayé que también la construcción de una paz sólida está vinculada al respeto de la creación. Francisco nos recuerda que en la creación se despliega la sabiduría y la benevolencia del Creador. Él entiende la naturaleza como un lenguaje en el que Dios habla con nosotros, en el que la realidad se vuelve transparente y podemos hablar de Dios y con Dios (*Audiencia*, 27 de enero de enero de 2010).

San Francisco de Asís, que fue proclamado por Juan Pablo II patrono celestial de los ecologistas,

ofrece a los cristianos el ejemplo de un respeto auténtico y pleno por la integridad de la creación. Amigo de los pobres, amado por las criaturas de Dios, invitó a todos, animales, plantas, fuerzas naturales, incluso al hermano Sol y a la hermana Luna, a honrar y alabar al Señor. El pobre de Asís nos da testimonio de que estando en paz con Dios podemos dedicarnos mejor a construir la paz con toda la creación, la cual es inseparable de la paz entre los pueblos. [...] Que su inspiración nos

ayude a conservar siempre vivo el sentido de fraternidad con todas las cosas, creadas buenas y bellas por Dios Todopoderoso, y nos recuerde el grave deber de respetarlas y custodiarlas con particular cuidado, en el ámbito de la más amplia y más alta fraternidad humana (*Mensaje para la Jornada de la paz*, 1990).

Francisco se ha identificado plenamente con Cristo, con su cruz y sus heridas. La enfermedad, la ceguera, el rechazo de algunos hermanos, la incomprensión de otros, el notar que se olvidaba la vocación primera de pobreza y humildad... Y precisamente en estos momentos es cuando Francisco siente el deseo de alabar a Dios con toda el alma. Y como es pobre y no tiene nada para poder hacerlo, convoca a la creación entera para que le ayude en este maravilloso cántico: «Alabado seas, mi Señor, por el hermano sol, por la hermana luna y las estrellas, por el hermano viento, por la hermana agua, por el hermano fuego, por nuestra hermana, la madre tierra. Loado seas, mi Señor, por los que perdonan por tu amor, y sufren enfermedad y tribulación, por los que las sufren en paz, por nuestra hermana, la muerte corporal... Load y bendecid a mi Señor, y dadle gracias y servidle con gran humildad».

La creación entera se ha reconciliado y unido para cantar a su Creador. Dios es bueno, y Francisco se encargaba de recordárselo a todos los vivientes, a los hombres y mujeres del mundo, sea cual fuere la situa-

ción en la que se encontraran. Si todo es hermoso y bello, es porque en la creación entera se refleja la hermosura del Verbo de Dios, Jesucristo, pues para él y en su honor y gloria fueron creadas todas las cosas.

El sentido y espíritu de la ecología franciscana puede verse en este texto de san Buenaventura:

Mas, para que todas las criaturas le impulsaran al amor divino, exultaba de gozo en cada una de las obras de las manos del Señor, y por el alegre espectáculo de la creación se elevaba hasta la razón y causa vivificante de todos los seres. En las cosas bellas contemplaba al que es sumamente hermoso, y mediante las huellas impresas en las criaturas buscaba por doquier a su Amado, sirviéndose de todos los seres como de una escala para subir hasta Aquel que es todo deseable. Impulsado por el afecto de su extraordinaria devoción, degustaba la bondad originaria de Dios en cada una de las criaturas, como en otros tantos arroyos derivados de la misma bondad; y, como si percibiera un concierto celestial en la armonía de las facultades y movimientos que Dios les ha otorgado, las invitaba dulcemente, cual otro profeta David, a cantar las alabanzas divinas (*Leyenda mayor* 9, 1).

Si todo es hermoso y bello en este himno de alabanza, el *Cántico de las criaturas*, no lo es por otra razón que la de que todo es reflejo y significación de Dios. Francisco no se queda en un sentimiento mera-

mente estético. Es una vivencia profundamente religiosa de reconocimiento al Creador y Redentor de todo. La naturaleza, las plantas, los animales y las personas hablaban de su Señor. Son las letras con las que se ha escrito el gran libro de la creación, de esta inmensa casa común que entre todos hay que cuidar y devolver al que la hiciera con sabiduría y bondad.

La ecología que predica Francisco es teológica y humana. Metida en lo más hondo de la naturaleza, pero siempre buscando el bien del hombre. Si la persona ocupa un primer lugar de interés, también es cierto que ese mismo hombre es objeto de las mayores agresiones, tanto a su dignidad humana como a la esencialidad de ser distinto y único en el universo de todo lo creado.

Del amor a Cristo –como decía Benedicto XVI– nace el amor hacia las personas y también hacia todas las criaturas de Dios. Este es otro rasgo característico de la espiritualidad de Francisco: el sentido de la fraternidad universal y el amor a la creación, que le inspiró el célebre *Cántico de las criaturas*. Es un mensaje muy actual. [...] La construcción de una paz sólida está vinculada al respeto de la creación. Francisco nos recuerda que en la creación se despliega la sabiduría y la benevolencia del Creador. Él entiende la naturaleza como un lenguaje en el que Dios habla con nosotros, en el que la realidad se vuelve transparente y podemos hablar de Dios y con Dios (*Audiencia*, 27 de enero de 2010).

El cuidado de la casa común es la verdadera ecología que pregonaba Francisco de Asís. Muy lejos de un ecologismo con ambiguas militancias y no pocos contrasentidos, como pueden ser el del cuidado de los animales y la eliminación del hombre, especialmente en algunas de las fases de su existencia; se desea una buena calidad de vida y se olvidan las condiciones imprescindibles para ello, como pueden ser las de la libertad, la dignidad, el derecho a vivir desde el comienzo de la existencia hasta el final, y con una muerte natural. Se procura un medio ambiente más respirable y sano, pero se extiende la contaminación social de la violencia, de la extorsión, de la conflictividad social, de la destrucción de la familia, de la conculcación de derechos fundamentales, de la ausencia de principios éticos, de valores personales y sociales, de erradicación de cualquier referencia trascendental religiosa...

Francisco de Asís no puede pensar en una ecología sin Dios y sin lo más querido de Dios, el hombre, la mujer, la vida.

**Papa Francisco: «¡Cuidad de la creación entera!»**

Francisco de Asís es una personalidad universal, con gran amor a los pobres y a la pobreza y con preocupación por cuidar de la creación entera. Por él sentía el

papa Francisco tanta admiración que ha elegido este nombre como pontífice y obispo de Roma.

Seamos custodios de la creación — dice el papa Francisco —, del designio de Dios inscrito en la naturaleza, custodios del otro, del medio ambiente; no dejemos que los signos de destrucción y de muerte acompañen el camino de este mundo nuestro. [...] En el fondo, todo está confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos afecta a todos. Sed custodios de los dones de Dios. Y cuando el hombre falla en esta responsabilidad, cuando no nos preocupamos por la creación y por los hermanos, entonces gana terreno la destrucción y el corazón se queda árido (*Homilía en la misa de inicio de su ministerio*, 19 de marzo de 2013).

La creación, el medio ambiente, la naturaleza, han estado presente en el interés y las palabras del papa Francisco desde su primer saludo a la Iglesia y al mundo. «Francisco de Asís es el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que custodia la creación...» (*Audiencia a los periodistas*, 16 de marzo de 2013).

En ese espíritu del Santo de Asís, diría el Papa Francisco:

Un Padre de la Iglesia tiene una expresión que me gusta mucho: el Espíritu Santo *ipse harmonia est*. Él es precisamente la armonía. Solo él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad, y al mismo



tiempo realizar la unidad. En cambio, cuando somos nosotros los que pretendemos la diversidad y nos encerramos en nuestros particularismos, en nuestros exclusivismos, provocamos la división; y cuando somos nosotros los que queremos construir la unidad con nuestros planes humanos, terminamos por imponer la uniformidad, la homologación. Si, por el contrario, no nos dejamos guiar por el Espíritu, la riqueza de la diversidad nunca provocará conflicto, porque él nos impulsa a vivir la variedad en la comunión de la Iglesia. Caminar juntos en la Iglesia, guiados por los pastores, que tienen un especial carisma y ministerio, es signo de la acción del Espíritu Santo; la eclesialidad es una característica fundamental para los cristianos, para cada comunidad, para todo movimiento. La Iglesia es quien me trae a Cristo y me lleva a Cristo; los caminos paralelos son muy peligrosos. Cuando nos aventuramos a ir más allá (*proagon*) de la doctrina y de la comunidad eclesial –dice el apóstol Juan en la segunda lectura– y no permanecemos en ellas, no estamos unidos al Dios de Jesucristo. Así pues, preguntémonos: ¿estoy abierto a la armonía del Espíritu Santo, superando todo exclusivismo? ¿Me dejo guiar por él, viviendo en la Iglesia y con la Iglesia? (*Homilía a los movimientos eclesiales*, 19 de mayo de 2013).

¡Qué gran don ser Iglesia, formar parte del pueblo de Dios! Todos somos el pueblo de Dios. En la armonía, en la comunión de la diversidad, que es obra del Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo es la armonía y construye

la armonía: es un don de él, y debemos estar abiertos para recibirlo (*Encuentro con el clero y la vida consagrada*, Asís, 4 de octubre de 2013).

El papa Francisco quiere llegar al mundo entero, y ha desvelado el secreto para conseguirlo: abrazar al leproso. Igual que Francisco de Asís. Aquel hermano que sufría era mediador de la luz. En cada hermano y hermana en dificultad, abrazar la carne de Cristo que sufre (*Hospital San Francisco de Asís de la Providencia*, Río de Janeiro, 24 de julio de 2013).

El *Cántico de las criaturas* es un encendido himno a la paz. El papa Francisco, especialmente sensible y preocupado por los acontecimientos de Siria y del Oriente Próximo, recordará en Asís, y con indisimulada emoción, el canto del hermano Sol:

Francisco inicia el *Cántico* así: «Altísimo, omnipotente y buen Señor... Alabado seas... con todas las criaturas». El amor por toda la creación, por su armonía. El Santo de Asís da testimonio del respeto hacia todo lo que Dios ha creado y como él lo ha creado, sin experimentar con la creación para destruirla; ayudarla a crecer, a ser más hermosa y más parecida a lo que Dios ha creado. Y, sobre todo, san Francisco es testigo del respeto por todo, de que el hombre está llamado a custodiar al hombre, de que el hombre está en el centro de la creación, en el puesto en el que Dios –el Creador– lo ha querido, sin ser instrumento de los ídolos que nos crea-

mos. ¡La armonía y la paz! Francisco fue hombre de armonía, un hombre de paz. Desde esta ciudad de la paz, repito con la fuerza y mansedumbre del amor: respetemos la creación, no seamos instrumentos de destrucción. Respetemos a todo ser humano: que cesen los conflictos armados que ensangrientan la tierra, que callen las armas y en todas partes el odio ceda el puesto al amor, la ofensa al perdón y la discordia a la unión. Escuchemos el grito de los que lloran, sufren y mueren por la violencia, el terrorismo o la guerra, en Tierra Santa, tan amada por san Francisco, en Siria, en todo el Oriente Medio, en todo el mundo.



## LA ALEGRÍA Y LA ESPERANZA

«¡Quiero ser feliz!», le decía el bienaventurado Francisco al obispo de Asís. Hasta entonces había buscado esa felicidad por unos caminos que no eran capaces de hacérsela conseguir. Ahora está desnudo, más con un vacío interior de intereses mundanos que de apariencias externas. La pobreza y la humildad serán los mejores consejeros y los medios más eficaces para encontrarse con el gozo de su Señor.

Con gestos y palabras muy familiares, al alcance de todas las inteligencias, el papa Francisco habla del gozo que representa para un cristiano sentirse amado de Dios, perdonado de sus pecados, elegido para hacer el bien y ayudar a los demás. En medio de tantas dificultades, esta es la responsabilidad de quienes siguen a Jesucristo: dar testimonio de un reino nuevo, de una buena noticia, de una firme esperanza. Benedicto XVI quería que se recobrara la alegría de la fe. Y el papa Francisco asume como suyo tan sabio y buen consejo: «La alegría y la conciencia de la centralidad de Cristo son dos actitudes que los cristianos deben cultivar en la cotidianidad».

## Francisco: la perfecta alegría

Con la pobreza y la humildad, Francisco había recibido también el regalo de la libertad. Era un hombre libre que se había desprendido de tantas amarras, que él creía garantías para la felicidad, y no eran sino lastres y pesos que le impedían ser auténticamente libre. Y en esa libertad encontraría la alegría que tanto deseaba.

En la experiencia de Dios y en la cercanía con los pobres, el corazón de Francisco de Asís se llenaba de gozo. Es que la alegría no llega de la abundancia de las cosas, ni siquiera de una tranquilidad interior, sino del encuentro con el bien y la caridad. Una de las garantías de la verdadera, de la perfecta alegría, es la gratitud. ¡Cómo no estar alegres si Dios ha sido tan bueno conmigo que me sacó del camino de los pecados y me llevó a su encuentro sirviendo a los leprosos!

La alegría no es posible sin la participación. Primero, el Espíritu del Señor. Después, buscando todo lo mejor que pueda haber en la creación, sobre todo en el corazón del hombre, y tratar de rescatar la huella de la imagen y semejanza de Dios en todas las criaturas. Si el pecado desfigurara el rostro de las cosas, Francisco trataría de ayudar a recobrar la auténtica personalidad y naturaleza de lo que saliera de las manos de un Dios infinitamente bueno.

Francisco de Asís detestaba la envidia, le parecía una blasfemia, un echar en cara a Dios que fuera bueno y manifestara esa bondad en sus hijos, en todas las criaturas. Las palabras de condena de la envidia no podían ser más serias: «Todo el que envidia a su hermano por el bien que el Señor dice y hace en él incurre en el pecado de blasfemia, porque envidia al mismo Altísimo, que dice y hace todo bien» (*Admonición VIII*). La envidia sale del mal del corazón, que es donde anida el pecado. Cuando alguien se entristece por la bondad que la mano de Dios ha podido dejar en algún hermano, está ofendiendo el mismo honor del nombre santísimo de Dios. La persona que obra de esta manera no es sino un blasfemo.

La envidia era compañera de la tristeza, y entre las dos amargaban la vida al hombre, pues le causaban ceguera e incapacidad para reconocer la infinita generosidad y misericordia del Señor. Sería, por tanto, un acto muy grande de caridad ayudar a esas personas a encontrar el tesoro de la alegría, pero sin tratar de ofrecer señuelos engañosos y consuelos meramente humanos. ¡Yo sé que mi Dios vive! Era el grito esperanzado de Job en medio de sus angustias y dificultades. Solamente el Señor misericordioso es la garantía del auténtico gozo, que proviene de hacer el bien: «Bienaventurado aquel religioso que no encuentra placer y alegría sino en las santísimas palabras y obras del Señor, y con ellas conduce a los hombres al amor

de Dios con gozo y alegría» (*Admonición XX*). Se ha de reconocer y alabar el bien que hacen otros, como si fuera nuestro (*Explicación del Padrenuestro*).

Disgustos y contrariedades, persecuciones e incompreensión no han de faltar.

Si vuelvo de Perusa y, en una noche profunda... y todo envuelto en lodo y frío y hielo, llego a la puerta, y, después de haber golpeado y llamado por largo tiempo, viene el hermano y pregunta: «¿Quién es?». Yo respondo: «El hermano Francisco». Y él dice: «Vete; no es hora decente de andar de camino; no entrarás». E insistiendo yo de nuevo, me responde: «Vete, tú eres un simple y un ignorante; ya no vienes con nosotros; nosotros somos tantos y tales, que no te necesitamos»... Te digo que si hubiere tenido paciencia y no me hubiere alterado, que en esto está la verdadera alegría y la verdadera virtud y la salvación del alma.

Este capítulo de las *Floreillas* refleja admirablemente el alma de san Francisco, que se ha olvidado de sí mismo y solamente piensa en ser fiel a su Señor Jesucristo El insondable manantial de la alegría está en el amor de Cristo, con el que Francisco se siente identificado, y sabe que no habrá resurrección sin cruz.

La alegría es como una especie de catalizador que garantiza la autenticidad de aquel que está verdadera-



mente unido a Dios y sigue su palabra. Pobreza, sí, diría Francisco de Asís, pero con la alegría. ¡Tú eres nuestra esperanza y nuestra alegría! Francisco está lleno de Dios, y en él encuentra todas las razones y motivos de un inconmensurable gozo. No es un mero sentimiento, sino un acto profundo de fe. No proviene de una tendencia al optimismo, sino de la firme adhesión a la palabra de Dios. Si miro a Dios, en todo veo la luz. Sin Dios, las tinieblas y la oscuridad me dominan. No dejes, pues, que dominen las tinieblas.

Francisco –diría Benedicto XVI– fue un gran santo y un hombre alegre. Su sencillez, su humildad, su fe, su amor a Cristo, su bondad con todo hombre y toda mujer, lo hicieron alegre en cualquier situación. En efecto, entre la santidad y la alegría existe una relación íntima e indisoluble. Un escritor francés dijo que en el mundo solo existe una tristeza: la de no ser santos, es decir, no estar cerca de Dios. Mirando el testimonio de san Francisco, comprendemos que el secreto de la verdadera felicidad es precisamente llegar a ser santos, cercanos a Dios (*Audiencia*, 27 de enero de 2010).

Dios es la alegría. Sus palabras son gozo y alegría. Los bienes ajenos son un gozo. Las pruebas son causa de alegría. La persecución llevará a la dicha. «Se sentirán dichosos los hermanos cuando se hallen entre enfermos y leprosos. Donde hay pobreza con alegría, allí no hay codicia ni avaricia» (*Admonición* 27, 3). Por eso,

«guárdense de aparecer tristes al exterior e hipócritamente encapotados, sino que han de mostrarse alegres en el Señor, jubilosos y oportunamente donairosos». Porque esta es la verdadera alegría: «Conservar la paciencia sin alterarse». Todos estos son pensamientos que se recogen en los escritos de Francisco de Asís.

La alegría y la paz están de tal manera hermanadas que resulta imposible la presencia de una sin la otra. Una necesaria armonía. San Francisco enseñó al hermano León en qué consiste la alegría perfecta: aunque habláramos todas las lenguas, y conociéramos todas las ciencias, y supiéramos del curso de las estrellas, y convirtiéramos a todos... Mira que la perfecta alegría no consiste tanto en esos favores, sino que «por encima de todas las gracias y dones del Espíritu Santo, que Cristo concede a sus amigos, está el de vencerse a sí mismo y sobrellevar gustosamente, por amor de Cristo Jesús, penas, injurias, oprobios» (*Floreillas* VII).

La alegría es reflejo de la esperanza. Dios fue quien le diera la gracia de comenzar a hacer penitencia; el que le condujo hasta los leprosos; el que le dio mucha fe en las iglesias y en los sacerdotes que viven en ellas; y le dio hermanos y le reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio y que escribiera la *Regla*... (cf.. *Testamento* 1-39).

Ayudar a percatarse de la presencia del bien. Este es el camino de la esperanza franciscana, en el que cada uno de los hermanos debe dar motivo de espe-

ranza para el otro. Ofrecer siempre razones para esperar. La más sólida e importante de todas es la inmutabilidad y eternidad de Dios. Francisco de Asís es un gran creyente, no un filósofo de la quietud como serenidad e indiferencia ante lo que ocurre alrededor.

Así oraba ante el crucifijo de San Damián: «¡Oh, alto y glorioso Dios!, ilumina las tinieblas de mi corazón y dame fe recta, esperanza cierta y caridad perfecta, sentido y conocimiento, Señor, para que cumpla tu santo y veraz mandamiento». Francisco de Asís sería un verdadero profeta de la esperanza.

### Papa Francisco: «Es necesario vivir con alegría»

Con expresiones muy gráficas, el papa Francisco decía a los obispos brasileños que el lamento es como un *boomerang*, que se vuelve contra uno mismo y termina por aumentar la infelicidad. Es necesario vivir con alegría y caminar en la esperanza: «El cristiano no puede ser pesimista. No tiene el aspecto de quien parece estar de luto perpetuo. Si estamos verdaderamente enamorados de Cristo y sentimos cuánto nos ama, nuestro corazón se inflamará de tanta alegría que contagiara a cuantos viven a nuestro alrededor» (*Homilía*, Aparecida, 24 de julio de 2013).

El papa Francisco recomienda vivir la alegría de ser discípulos del Señor. Viene de dentro y acompaña-

da siempre de Jesucristo. Es el signo de vivir unido a Dios y a la Iglesia. Un joven sin alegría no es joven. Hay que dar testimonio del Evangelio, pero con alegría... Y así tantas expresiones presentando alegría como un verdadero regalo del Dios bondadoso que quiere la felicidad para sus hijos.

## FRANCISCO DE ASÍS Y EL PAPA FRANCISCO

«Si la Iglesia se vuelve como él piensa y la quiere, habrá cambiado una época», decía Eugenio Scalfari, editor del diario *La Repubblica*, después de escuchar las palabras del papa acerca de los objetivos que deseaba conseguir: crear ilusión, devolver la esperanza a los jóvenes, ayudar a los viejos, difundir el amor fraterno, hacerse pobres entre los pobres, incluir a los excluidos y predicar la paz. En estos deseos del obispo de Roma parece que estamos oyendo la conversación entre el obispo de Asís y el joven Francisco, que no deseaba otra cosa que vivir el Evangelio. Delante del obispo de Asís, Francisco no se despojaba simplemente de unos vestidos, sino de todo lo que fuera posesión, orgullo del tener, la vanidad de la prepotencia, los ídolos de este mundo, sobre todo el del dinero.

Francisco de Asís es poeta y místico, itinerante y misionero, ama la naturaleza y los animales, pero sobre todo siente una gran ternura por los niños, los viejos y cualquier persona destruida y maltratada. Quiere difundir la fe y el amor, escuchar a todas las criaturas y hablar con ellas. Y en una Iglesia pobre

empeñada en sostener a los demás. «Han pasado ochocientos años desde entonces y los tiempos han cambiado mucho, pero el ideal de una Iglesia misionera y pobre sigue siendo válida. Esta es, por tanto, la Iglesia que predicaron Jesús y sus discípulos» (E. Scalfari, *Entrevista con el papa Francisco*, 1 de octubre de 2013).

Francisco de Asís es un profeta que hizo de su vida un espejo de identificación viva con la persona de Jesús, del que se reviste y al que trata de seguir con la mayor fidelidad. El *Cántico de las criaturas* puede ser considerado como un himno cristológico. La creación entera, suspirando con dolores de parto, como diría san Pablo, para que todo proclame la gloria del Señor resucitado. Es la armonía en la diversidad y la unidad en Cristo. Que todo sea armonía, paz y respeto a la creación.

Cristo es la razón y el motivo esencial que explica la paz interior de la que goza Francisco y que trata de transmitir a los demás. Esa paz que solamente el Crucificado puede dar. Una paz que pasa por la cruz y el amor, y que fuera la que el Resucitado deseara a los apóstoles, a los que enviaba al mundo entero a predicar el Evangelio. Si Francisco era un hombre de paz, su mayor deseo era que, a través de la práctica del bien, llegara a la creación entera. «Nunca más unos contra otros, sino unos junto a otros», como diría el papa Francisco.

Francisco emprende su peregrinación a Tierra Santa, pero antes desea encontrarse con los hermanos que

siguen los dictados del Corán. La paz tiene que llegar a todos, y mucho más allá de las diferencias está el amor que Dios ha metido en el corazón de los hombres y mujeres de toda la humanidad. Allí es donde se halla el punto de encuentro: en la estima recíproca, el respeto a las diferencias, en el deseo compartido por la paz. Francisco no tiene nada que ofrecer sino su fe y su pobreza. Estas serán las armas que portaba para realizar esta peculiar cruzada.

Lleva en el corazón y en las manos el Evangelio. El mandamiento nuevo y las bienaventuranzas. El deseo de reconciliar todas las cosas en Cristo por los caminos de la pobreza, la paz, la abnegación, el olvido de sí mismo, la aceptación de la cruz. Un Evangelio que es mensaje de salvación, porque es anuncio de Jesucristo, el que fue entregado a la muerte y que ha resucitado. Dios no quiere sino transformarlo todo para que en todo pueda encontrar el hombre el camino de la felicidad que necesita.

Siempre con la santa Iglesia, que está bien construida sobre el cimiento de los apóstoles, que guarda y transmite la fe del Evangelio, que acoge y envía a compartir, con la humanidad entera, aquello que de Cristo recibía. Nada quiere hacer Francisco que le pueda apartar de la fidelidad a la santa Iglesia.

Imitar a Cristo y servir a los pobres no eran dos acciones diferentes, sino la profesión de fe más sincera y el cumplimiento fiel del mandamiento del Señor.

No podía mirar a Cristo sin encontrar en su rostro a los pobres y desvalidos, y no podía servir a los pobres sin hallar en ellos al Cristo doliente y crucificado.

Pero había algo más importante. Francisco podía ser generoso, dar limosna y ofrecer un poco de pan a los pobres. Pero no quería hacerlo desde lejos. Los leprosos le daban repugnancia. Un día, por la gracia de Dios, aprendió a ver las cosas de otra manera. Se había arrepentido y confesado sus pecados. Ahora todo era diferente. El amargor que le causaban las llagas de la lepra se había convertido en dulzura del alma y del cuerpo, gracias al amor que se había manifestado en el abrazo con el leproso.

Nada hubiera ocurrido de esa manera si Francisco no acudiera antes a la escucha y a la súplica ante el Señor, a la oración. Allí conocía la voluntad de Cristo y recibía la fortaleza que necesitaba. Era débil, pero el amor le hacía fuerte. Hasta ahora había sido caballero para las honras humanas. Ahora sería un caballero distinto. El papa Francisco, hablando a los Caballeros de Colón, les proponía la oración, el testimonio de la fe y la atención a los más necesitados. Necesitarían de las virtudes de la fortaleza, la integridad y la fidelidad (*Alocución*, 10 de octubre de 2013).

Francisco de Asís y el papa Francisco avanzan por los caminos de la misma Iglesia. *Habemus papam*, se proclamaba desde el balcón de la basílica de San Pedro en el Vaticano. Muchos pensaron desde el primer



momento, y lo confirmaron después, que también se podría haber dicho: *Habemus Franciscum*, no porque el Santo de Asís hubiera recibido un ministerio nuevo de la Iglesia, sino que su forma de vida evangélica se veía reflejada en las actitudes y palabras del papa Francisco.

El pobre de Asís había sido fiel a los papas que había conocido, Inocencio y Honorio. Bajó su obediencia pone a la Orden, y nada se quería hacer que contrariara la voluntad del señor papa. El papa Francisco se referirá con frecuencia a Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI. Eran sus maestros.

Como analistas hay para todos los gustos, algunos veían a la Iglesia desorientada, llena de grietas y de heridas motivadas por conductas deplorables, como a la deriva por la falta de firmeza ante los embates del relativismo y el secularismo. Los pastores prevaricaban y había disgregación y confusionismo entre los fieles. Así veían, con mirada de muy raquítico horizonte, la Iglesia de nuestros días. Los tiempos eran distintos, pero los problemas, al menos muchos de ellos, muy parecidos a los de los días en los que viviera Francisco de Asís.

El pobre Francisco tuvo que sufrir de la incompreensión. En el mejor de los casos se le consideraba un pobre iluso. Loco por Cristo, con una personalidad completamente nueva: la del hombre plenamente identificado con Jesús de Nazaret. Con el papa Fran-

cisco llegaba una personalidad distinta. Causaba no poca sorpresa, pero los gestos del papa eran inconfundibles. Se reconocía en ellos la presencia de Cristo pobre y entre los pobres.

El cardenal Bergoglio había elegido el nombre de Francisco. Tenía sus razones. Quería abrazar a la humanidad entera, pero con el abrazo de Cristo crucificado. Cuidaría de la creación y se acercaría al mundo para predicar la misericordia y el perdón de Dios, y proclamar la armonía entre todo lo creado.

Francisco de Asís no era un revolucionario, pero su forma de vida, sus actitudes y las acciones que realizaba tenían el marchamo de renovación, de la responsabilidad, de la sinceridad y la transparencia de la fidelidad al Evangelio. Tuvo que sufrir la incomprensión de la misma Curia vaticana, pero nunca dudara de su comunión con la Iglesia. No es difícil apreciar una situación, con todas las explicaciones posibles, de cierta semejanza entre lo que ocurriera en el siglo XIII con el penitente de Asís y en el siglo XXI con un papa un tanto «revolucionario». Con la revolución del Evangelio.

En el punto más alto, Dios, siempre Dios, el Altísimo Señor, el Padre de Jesucristo. Que nada ni nadie se interpusiera entre el humilde Francisco y el sumo y todo Bien. En todo veía a Dios, y Dios quería ver a Francisco en medio de todas sus criaturas. Maravillosa alianza que realiza el milagro de la identificación. El papa Francisco dice que el mayor problema de

nuestro tiempo es que el hombre se ha olvidado de Dios, que vive como si Dios no existiera, que trata de huir de Dios.

Todas las criaturas son mis hermanos, proclama Francisco de Asís. En él no cabe la cultura del descarte, ni la eutanasia cultural, ni la exclusión de nadie, como dice el papa Francisco. La paz y la justicia son patrimonio de la humanidad entera. La persona tiene su dignidad. Si se trata de un pobre, todavía hay que defenderla más. No bastan acciones solidarias, es urgente el reconocimiento de los derechos. Y, para Francisco de Asís y para el papa Francisco, un «derecho cristiano incuestionable» es el de la misericordia. El de poder ofrecer lo mejor que uno tiene, porque como gracia del Señor se ha recibido, pero no para guardarlo de una manera egoísta, sino para ofrecerlo en beneficio de los demás.

En este discurrir entre las actitudes de san Francisco de Asís y del papa Francisco, con la necesaria configuración en la distancia del tiempo y de las situaciones históricas, nos encontramos con algo fundamental: la proclamación y defensa de unos derechos que no aparecen en código alguno y, por tanto, están sin positivizar. Incluso podemos decir que van más allá de lo que, en el preámbulo de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, proclamó la Asamblea General de Naciones Unidas sobre la «dignidad intrínseca», el derecho de la persona a ser ella misma.

Los derechos franciscanos provienen de una profunda adhesión a la fe, de la proclamación del Padre, Altísimo Señor. Es el derecho a vivir de una determinada manera, de la vocación a la que la misericordia de Dios ha llamado a cada uno. No supone exigencia ni privilegios respecto a los otros, sino ofrecimiento para servir a todos. Los derechos franciscanos nacen de la desapropiación, de la pobreza más radical. El hermano tiene el «derecho» de ser pobre y de tener a Dios como la más grande riqueza de su vida. Es tan pobre el hermano Francisco que solamente tiene a Dios.

Entre esos derechos, tan apreciados por el papa Francisco, está el valor de la persona, objeto del amor y el perdón de Dios. Una dignidad sin medida que merece el mayor de los respetos y atención, sobre todo en esas desgarradoras situaciones de la exclusión y el descarte, expresión que le gusta emplear al papa.

Derecho admirable es confesar la fe en Dios y alabar a Dios constantemente. Sentirse hijo de Dios y hermano de Jesucristo. De aquí se sigue es actitud franciscana de querer bendecir a Dios constantemente por todas sus criaturas. El *Cántico de las criaturas* es la proclamación de los grandes derechos franciscanos. La paternidad divina, la fraternidad universal, la libertad de gozar de la creación entera.

Somos custodios de la creación, un verdadero trabajo ecológico por guardar bien aquello que se nos ha

dado, cuidarlo bien y ofrecerlo mejorado a las generaciones que han de seguir. El papa Francisco eligió el nombre del Santo de Asís entre otros motivos por la admiración que sentía por aquel hermano que no solamente cantaba himnos alabando a Dios por la creación entera, sino que era un ejemplo de amor entregado al servicio de todas las criaturas.

Los derechos a los que se abrazan Francisco de Asís y el papa Francisco son los que provienen de la historia de la salvación, en la que Cristo se ofrece para la redención de todo. Es la apoteosis de la vida, la palabra y la resurrección de Cristo. Con él ha comenzado una creación nueva, fortalecida con la inconmensurable fuerza del Espíritu de Pentecostés.

El trabajo por el bien común y el destino universal de los bienes, la participación y la caridad universal, son reflejo de la justicia. Estos principios fundamentales pueden estar expresados de forma distinta en un santo del siglo XIII y un papa del XXI, pero tienen el mismo manantial evangélico. Más allá de los derechos humanos está la justicia del Evangelio proclamado por Jesucristo.

Muchos de esos derechos pueden estar reconocidos en teoría, pero no sancionados suficientemente por leyes positivas. Siempre se trata de poder vivir conforme a unas libertades fundamentales. Los derechos humanos son anteriores y van más allá de los códigos legales. Los derechos evangélicos están inscritos en el

corazón del hombre desde el mismo momento de la creación. Pues Dios quiso hacer a la persona a imagen del Justo y del Misericordioso. «El hombre sujeto de derecho, con precedencia sobre todas las instituciones, con valores comunes que todos han de respetar». Son valores no negociables y fundamento de todas las instituciones, como diría Benedicto XVI en una entrevista en abril de 2008.

Un derecho que ciertamente no encontraremos en ningún código del mundo ni en declaraciones institucionales. Es el derecho a ser pobre. Algo tan insólito como utópico. Francisco de Asís puede decir: el Señor ha sido tan bueno conmigo que me ha dado el derecho a ser pobre. No ha sido una elección, sino un regalo de Dios. Ser pobre, en esta forma, equivale a ser libre. La desapropiación de lo temporal ha llevado a que el corazón se llene de tal manera del amor de Dios que la única manera de saciarlo es repartirlo en el amor a todas las criaturas, particularmente al hombre más desfavorecido. «¡Cómo me gustaría una Iglesia pobre y para los pobres!», dice el papa Francisco.

En el plano del interés, la persona tiene que ocupar el primer puesto de todos aquellos que quieren buscar sinceramente, con instituciones y leyes, el bien de la sociedad entera. Igual que la justicia no queda reducida a la legalidad, tampoco los derechos humanos pueden estar supeditados a una norma legislativa. El

derecho a la vida, desde la concepción hasta la muerte, el derecho a vivir en una familia, el tener la educación adecuada, el derecho a la participación en la vida social, el derecho a la libertad religiosa y a vivir los convencimientos de la propia fe...

La «cultura del descarte» se opone frontalmente al derecho franciscano de tener hermanos. «El Señor me ha dado la gracia de tener hermanos», \*confesaría Francisco de Asís. No era simplemente una manifestación de gratitud por las vocaciones que llegaban a la incipiente Fraternidad, sino porque en ellos y en la creación entera encontraba el derecho de poder servirlos conforme al ejemplo de Jesucristo.

Se han suscrito protocolos de acuerdo sobre el derecho a disfrutar del medio ambiente. En Kioto (1997) se hablaría del efecto invernadero, de la contaminación, del comercio de emisiones, del desarrollo limpio. Hay derecho a disfrutar de un ambiente saludable. San Francisco de Asís cantaría, en las alabanzas a Dios, a la hermana agua, que es humilde, limpia y casta. Es uno los bienes más preciados de la creación. No puede ser tratada como simple mercancía. Hay un derecho disponer del agua como algo vital e imprescindible para la supervivencia. Un derecho, por otra parte, muy limitado en algunos países. En más de una ocasión, el papa Francisco ha urgido el derecho de todos los pueblos a disfrutar de este bien tanpreciado como es el agua.



El derecho a la libertad religiosa. Lejos de cualquier fundamentalismo, la persona quiere vivir conforme a la verdad y tratar de buscarla con la luz que Dios le ofrece. El papa Francisco no ha dejado de condenar las agresiones a esa libertad religiosa, sobre todo ante la persecución que sufren los cristianos en algunas partes del mundo.

Y el derecho a vivir según la forma del santo Evangelio, en expresión acuñada por san Francisco. Es el propósito incondicional de ser fiel a las huellas que Jesucristo dejara a su paso por la tierra. El Evangelio es norma de vida, ideal supremo, gozo que compartir con todos los hombres y mujeres del mundo el camino de las bienaventuranzas, de la felicidad a la que se llega por los caminos de la pobreza, la justicia, la misericordia, el trabajo por la paz.

Se puede recordar el pensamiento de Gandhi: «El Ganges de los derechos desciende del Himalaya de los deberes». También esos derechos que, sin estar sancionados por leyes positivas, están inscritos en lo más hondo de la dignidad humana. Solamente Dios es la garantía de esos derechos y el juez de las responsabilidades que pueda tener cada uno.

Siguiendo el pensamiento, las palabras, los gestos y actitudes del papa Francisco nos hemos ido encontrando con el ejercicio y la defensa de esos «derechos» que comparten el obispo de Roma y el Pobre de Asís.



Francisco de Asís se fue a vivir con los leprosos. El papa Francisco hablaba de las periferias existenciales. Uno pensaba que había que «oler a lepra»; el otro, «a oveja». Hay que estar cerca de los que, por las razones que fuere, están lejos. La justicia es el asiento de la caridad y la misericordia, y el perdón el de la credibilidad del Evangelio.

Profeta de la esperanza se le ha llamado a Francisco de Asís. Mensajero incansable de la esperanza es el papa Francisco. Fruto de la esperanza es la alegría. Nada de simple optimismo, sino de reconocimiento de la bondad de Dios: «¡El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres!».

Muchos pueden ser los puntos de convergencia entre este papa y este santo que llevan el mismo nombre. Al final es el Evangelio el que les ha unido para desempeñar el ministerio que Dios quería para cada uno de ellos.



## EPÍLOGO

Francisco de Asís y el papa Francisco quedarían bien unidos y enlazados en unos carismas que, viniendo como regalo individual de Dios para cada uno, les enviaba a cumplir una grandiosa misión universal que a todos había de llegar, y que habían de llevarla a cabo en la pobreza y la humildad. Tenían que ser custodios, guardadores y buenos siervos de los más desvalidos y pobres. Y de la creación entera.

«Elegí el nombre de Francisco –dice el nuevo papa– porque el Santo de Asís es luminoso ejemplo de quien sabe cuidar la creación y de cuantas criatura en ella habitan» (*Audiencia al Cuerpo diplomático*, 22 de marzo de 2013). Francisco de Asís inicia el *Cántico de las criaturas* alabando al santísimo, omnipotente y buen Señor. La hubo alabanza se convierte en responsabilidad de cuidar con esmero lo que de Dios proviene. Francisco será custodio de la armonía de la creación y un hombre de paz (*Homilía*, Asís, 4 de octubre de 2013).

Custodiar equivale a protección, vigilancia, guardar con cuidado... Juan Pablo II, en agosto de 1989, publicó la exhortación apostólica *Redemptoris custos*, sobre la figura y la misión de san José en la vida de Cristo y de la Iglesia. Dios confió a José la custodia

de sus tesoros más preciosos. En ese documento se ofrece la vocación, las actitudes y la misión que debe desempeñar aquel que ha sido elegido para ser custodio de la obra de Dios. José fue llamado para ser custodio del Redentor y participar en la economía de la salvación. Su identidad se encuentra en el ámbito del designio redentor, que tiene su fundamento en el misterio de la encarnación. Fue depositario del amor de Dios para sus hijos de adopción.

Misión del custodio es la de preocuparse en proteger y educar a aquel que se ha puesto bajo su cuidado, servir con gozo y ejemplarmente, tutelar con prudencia y eficacia, y sobre todo ser fiel a la misión del Verbo encarnado. Será, pues, ministro en la economía de la salvación.

El pastor ha de ser custodio de la armonía en la diversidad. Es su tarea, su deber y su vocación. Para realizar este ministerio recibirá gracias especiales del Señor. Será un buen custodio de la creación y eficaz valedor de la paz, de la justicia y de los «derechos» de las criaturas.

Entre los gestos más conmovedores del papa Francisco están aquellos que reflejan la preferencia por los enfermos. Algunas imágenes han recorrido el mundo entero, y se ha podido ver al papa abrazado a unas personas que ni aspecto de hombres tenían. El cuidado que la Iglesia dedica a las personas enfermas o frágiles no es asistencialismo, ni filantropía, ni pietismo,

ni simple invitación a la resignación. Es algo auténticamente evangélico. Por otra parte, los enfermos no pueden considerarse como simple objeto de solidaridad y caridad, sino que deben sentirse incluidos plenamente en la vida y misión de la Iglesia (*A la Unión de Transporte de Enfermos a Lourdes*, 9 de noviembre de 2013).

No anteponer nada a Cristo. Este es el punto de encuentro más cercano, como no podía ser de otra forma, entre el papa Francisco y san Francisco de Asís. Reconciliar todas las cosas en Dios, que es proclamación silenciosa del reinado de Dios. Es confesión de Dios y ofrecimiento de Dios. En él recobran la unidad todas las cosas. En él tienen su razón de ser todos los seres. Es una maravillosa teología de la creación en la que todo ha quedado reconciliado en Dios por Jesucristo. Por ello, el franciscano debe ser

un auténtico contemplativo, con la mirada fija en los ojos de Cristo. Cada uno ha de ser capaz de ver, como san Francisco en el leproso, el rostro de Cristo en los hermanos que sufren, llevando a todos el anuncio de la paz. Con este fin deberá hacer suyo el camino de configuración con el Señor Jesús que san Francisco vivió en los diversos lugares-símbolo de su itinerario de santidad: desde San Damián hasta Rivotorto, desde Santa María de los Ángeles hasta la Verna (Benedicto XVI, *Al Capítulo general OFMConv.*, Asís, 27 de junio de 2007).

El papa Francisco ha sido llamado por Dios para ser el obispo de Roma y el pastor universal de la Iglesia. Y puede decir las mismas palabras de Francisco de Asís: «Dame hacer por ti mismo lo que tú quieres, y siempre querer lo que te place, para que, interiormente purificado, interiormente iluminado y abrasado por el fuego del Espíritu Santo, pueda seguir las huellas de tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y por sola tu gracia llegar a ti, Altísimo, que, en Trinidad perfecta y en simple Unidad, vives y reinas y eres glorificado, Dios omnipotente, por todos los siglos de los siglos» (*Carta a la Orden* 50-52). «Francisco de Asís –decía Benedicto XVI–, después de su conversión, practicó a la letra este Evangelio, llegando a ser un testigo fidelísimo de Jesús; y asociado de modo singular al misterio de la cruz fue transformado en otro Cristo» (*Ángelus*, 15 de julio de 2012). Francisco quiere seguir a Cristo en su pobreza y ayudarle en el cuidado de su Iglesia. Con san Pablo también diría: «Para mí, vivir es Cristo» (Flp 1,21). Era un enamorado de Jesús.

Fueron muy expresivas, y muy propias de alguna cultura latinoamericana, las palabras del papa Francisco en la fiesta de acogida de los jóvenes en la Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro (23 de julio de 2013):

*Poné fe, y tu vida tendrá un sabor nuevo, la vida tendrá una brújula que te indicará la dirección. Poné espe-*

ranza, y cada día de tu vida estará iluminado y tu horizonte no será ya oscuro, sino luminoso. *Poné* amor, y tu existencia será como una casa construida sobre la roca, tu camino será gozoso, porque encontrarás tantos amigos que caminan contigo. ¡*Poné* fe, *poné* esperanza, *poné*! Todos juntos: «Bote fe», «bote esperanza», «bote amor».

Estas palabras del papa Francisco nos hacen recordar la tan conocida oración de inspiración franciscana: «Señor, haz de mí un instrumento de tu paz. Donde haya odio, pon amor; donde haya ofensa, perdón; donde haya discordia, unión; donde haya error, verdad; donde haya duda, fe; donde haya desesperación, esperanza; donde haya tinieblas, luz; donde haya tristeza, alegría».

El seguimiento de Cristo es la respuesta a la fe. La que llenaba la existencia de Francisco de Asís y la que vive profundamente el papa Francisco. En Asís, sin necesidad de palabras, habla el carisma de aquel Pobre que tenía como única riqueza al mismo Dios y que vivía íntimamente unido a la persona de Jesús, y con él servía a los más pobres y desvalidos, al mismo tiempo que predicaba la bondadosa misericordia del Altísimo Padre Dios.





# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	5
1. FRANCISCO ES MI NOMBRE .....	13
Lo que el papa Francisco ha dicho de Francisco de Asís .....	20
Francisco de Asís y el señor papa .....	25
2. LOS TIEMPOS DE FRANCISCO DE ASÍS Y LOS DEL PAPA FRANCISCO .....	33
El mundo y la Iglesia en tiempos de san Francisco .....	34
El tiempo y los días del papa Francisco ...	35
3. DIOS, EL PADRE DE LA MISERICORDIA Y DEL PERDÓN .....	43
Francisco de Asís: «El Señor tuvo conmigo misericordia» .....	43
Papa Francisco: «¡Dios es pura misericordia!» .....	51
4. LA POBREZA Y LOS POBRES .....	55
Francisco de Asís: la santísima Pobreza .....	56
Papa Francisco: «¡Cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!» .....	63

5. LA PAZ Y EL BIEN .....	69
Francisco de Asís: «¡El Señor te dé la paz!» .....	70
Papa Francisco: «¡Paz a todo el mundo!» ...	74
6. UNA FRATERNIDAD UNIVERSAL .....	77
Francisco de Asís: una cruzada distinta .....	78
Papa Francisco: la Iglesia, Madre de muchos hijos .....	87
7. ECOLOGÍA FRANCISCANA .....	93
Francisco de Asís: «¡Alabado seas, Señor, por todas tus criaturas!» .....	94
Papa Francisco: «¡Cuidad de la creación entera!» .....	99
8. LA ALEGRÍA Y LA ESPERANZA .....	105
Francisco: la perfecta alegría .....	106
Papa Francisco: «Es necesario vivir con alegría» .....	111
9. FRANCISCO DE ASÍS Y EL PAPA FRANCISCO .....	113
EPÍLOGO .....	127







**Francisco de Asís**

y el **papa Francisco**

## **Mons. Carlos Amigo Vallejo**

(Medina de Ríoseco, 1934) es cardenal arzobispo emérito de Sevilla. Ha sido arzobispo de Tánger, interesándose por el diálogo interreligioso y el ecumenismo, participando así en muchos encuentros y visitando distintos países. Es autor de numerosos artículos, cartas pastorales y libros. En PPC ha publicado *Francisco de Asís y la Iglesia* (2007), *Sacerdotes* (2007), *Religiosidad popular* (2008), *Vida y ministerio* (2009) y *Diccionario de religiosidad popular* (2013).

---

### **De san Francisco de Asís y del papa Francisco**

se habla en este libro, procurando que las voces que se escuchen sean las de los mismos protagonistas: Francisco de Asís, testigo de Cristo crucificado y amigo de los pobres. Francisco, el papa con una espiritualidad que no está hecha de «energías en armonía», sino de rostros humanos: Cristo, san Francisco, san José y María, la Madre de Dios, como el mismo pontífice se definía. Un libro oportuno en este tiempo nuevo de la Iglesia.

ISBN 978-84-288-2706-5



9 788428 827065

151935